

**El saber ambiental como acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de
Antioquia**

Elkin López Correa

Silvia Liliana Londoño Castaño

Maestría en Educación y Desarrollo Humano

Convenio CINDE – Universidad de Manizales

Medellín

2016

No podemos esperar que la transformación radical de un ethos cultural, basado en la explotación inmisericorde de los bienes de la tierra y de los seres humanos sometidos y desposeídos, se transforme en un ethos cultural respetuoso y solidario con la trama de la vida gracias a una decisión solamente política, tecnológica o económica.
(Ana Patricia Noguera, 2004)

Resumen del proyecto

Las acciones humanas permiten ser narradas (Bárcena y Melich, 2000, p. 92), en sus contextos y particularidades, como asuntos eminentemente sociales, susceptibles de tener una historia y ser contada por sus actores. En ese sentido, el propósito de este proyecto es *escuchar a jóvenes del contexto rural, del Departamento de Antioquia, y comprender sí en sus narraciones emerge el saber ambiental como acontecimiento vital*. Este saber ambiental, no sólo es de interés y debate en círculos académicos, sociales y políticos, sino que también puede ser aprovechado por parte de los jóvenes en sus territorios.

Entonces, para hacer esta aproximación se analizará el conocimiento de lo ambiental que los jóvenes rurales del Departamento de Antioquia han construido a lo largo de sus vidas, a través de las prácticas que tienen con lo ambiental, y la relación del contexto con este saber. En este sentido, la categoría de lo **Ambiental** se irá construyendo, a partir de los aportes de Enrique Leff y las narraciones de los jóvenes, de manera sustentada y argumentada durante el desarrollo de la propuesta.

Estas narraciones se harán a partir de las **historias de vida** de los jóvenes, como método de investigación cualitativa, que permita observar, desde *el mundo de la vida cotidiana* (Schutz y

Luckmann, 2003), el carácter histórico de la producción y la reproducción social (relaciones, visiones, rutinas, temporalidades, sentidos, significados) que favorecen la comprensión de lo ambiental.

De esta manera, la propuesta busca promover un acercamiento al criterio de *sustentabilidad* (en contraste con el de *sostenibilidad*), desprendido de un sujeto-sujetado, pero buscando anclarse en un colectivo, en la hibridación y en las identidades que permitan penetrar en el sentido de la diferencia, de la alteridad (Noguera, 2004, p. 148), de la diversidad que se construye, a partir de saberes y prácticas locales que no responden a una ecologización, sino a la apertura de estrategias alternativas de apropiación de la naturaleza en la construcción de un mundo sustentable de vida (Leff, 2008, p. 88).

1. Planteamiento del problema de investigación, antecedentes y justificación

La preocupación por el medio ambiente y por los límites de la intervención humana, a escala planetaria en una *crisis civilizatoria* (Leff, 2008, p. 81), ha producido un sentimiento creciente contra los proyectos que las instituciones modernas han emprendido durante los últimos años, en el marco de políticas neoliberales y discursos como el desarrollo sostenible. Las problemáticas ambientales de esta crisis se han manifestado en las esferas sociales, académicas, políticas y económicas, en la actualidad.

Ante esta situación, en los últimos años, se han planteado alternativas de solución a la problemática ambiental en diferentes escenarios internacionales, como la Conferencia de

Estocolmo (1972), la Reunión de Belgrado UNESCO (1975), Conferencia Tbilisi (1977), Asamblea General en Nueva York (1982), Congreso Internacional en Moscú (1978), Conferencia de Río de Janeiro (1992), Conferencia del Cairo (1994), Conferencia Tesalónica (1997), Cumbre Mundial de Johannesburgo (2002). Estos encuentros han dado como resultado la creación de un marco de documentación donde se promulgan recomendaciones acerca de la economía, el medio ambiente y la sociedad; esta última, con una fuerte relación con la educación (Sauvé, Berryman, y Brunelle, 2008, p. 26).

Colombia no ha sido ajena a las problemáticas ambientales, a los planteamientos hechos por los organismos internacionales y a los diferentes discursos sociales y científicos; de hecho, después de la Reunión de Río de Janeiro en 1992, Colombia promulga la Ley 99 en 1993, con esta ley “se establecieron los principios que orientarían el manejo de los estatutos ambientales del país y se redefinió la estructura institucional para el logro de objetivos de la política” (Muñoz, 2011, p. 128). Es decir, Colombia siguió con mucho entusiasmo el discurso del desarrollo sostenible, regularizado en la denominada Agenda 21.

Así como se normalizaron palabras y acciones para la regulación entre Estado, medio ambiente y sociedad, también se fortalecieron algunas declaraciones que, auspiciadas por la intervención de la esfera económica, han constituido uno de los grandes fracasos de nuestra relación sociedad-medio ambiente; “un modelo de desarrollo que ha demostrado su gran capacidad para alterar y degradar la estabilidad ecológica a nivel local y global” (Meira, 2006, p. 114). Por otra parte, se presenta un problema preocupante, debido a que algunos gobiernos tienen una visión mundial y local centrada en ver la crisis ambiental como un problema de recursos, y a

las sociedades de los países subdesarrollados como actores del deterioro, por falta de desarrollo económico. Según la WCED¹ (como se citó en Tetreault, 2008), “La pobreza misma contamina el medio ambiente, creando estrés ecológico de una manera diferente. Aquellos que sufren de pobreza y hambre con frecuencia destruyen los ecosistemas que los rodean para sobrevivir” (p. 8).

Ahora bien, algo que se ha evidenciado es que la mayoría de las sociedades del primer mundo, capitalistas y desarrolladas, presentan los mayores problemas ambientales. En relación con esto, y para resistir los efectos de estos discursos o modelos de desarrollo sustentable, los movimientos ecológicos han reclamado ante los organismos internacionales, obteniendo como respuesta la instauración del proyecto de educación ambiental como componente del proceso de desarrollo.

Ante tales problemáticas, la educación ambiental (EA), ha sugerido nuevas soluciones, como la de ofrecer capacitaciones sociales, políticas y económicas a los pobres y a las comunidades subdesarrolladas, para que sean capaces de mejorar su calidad de vida sin afectar los recursos naturales que tanto necesitan los países desarrollados. En Colombia, con el Decreto 1743 de 1994, expedido por el Ministerio de Educación,

(...) se instituye el Proyecto de EA para todos los niveles de educación formal, se fijan criterios para su promoción no formal e informal y se establecen los mecanismos de coordinación entre el Ministerio de Educación Nacional y el Ministerio del Medio

¹ Comisión Mundial del Medio Ambiente y Desarrollo creada por la ONU en 1983, con la finalidad de formular una agenda global para el cambio y proponer estrategias relacionadas con el desarrollo sustentable a largo plazo.

Ambiente.

Por otro lado, un gran interrogante que surge a partir de la lectura del proceso histórico de la crisis ambiental y sus posibles soluciones, en el marco del desarrollo sostenible y la EA reorientada en Educación para el Desarrollo Sustentable –EDS-, es ¿cómo ha llegado la EA a las esferas rurales de los países, y en especial a la ruralidad colombiana? Muchos autores como González (2001), Leff (2008), Santamarina (2006), consideran que la EA se ha convertido más en un contenido que en un verdadero acto de cambio, y siendo el dispositivo que trata de frenar el discurso capitalista que arrastra al mundo a una racionalidad dominante, no ha sido realmente escuchado y apoyado.

Diversos programas y proyectos dirigidos a habitantes de la zona rural tienen como propósito -y están justificados con el afán de- enseñarles a hacer las cosas bien, cultivar amablemente, qué cultivar, qué abonos utilizar, cómo se deben manejar los recursos disponibles, cómo reutilizar o disponer los desechos, entre otros.

Como resultado de esta pretensión por solucionar un problema complejo, hay una sobreoferta de programas de capacitaciones y formación que enseñan labores y procedimientos, sin saber el para qué o el por qué hacerlos en ese lugar, en tanto no hay un estudio previo de contexto. Incluso, los discursos de los docentes no se han logrado concretar y quedan en participaciones triviales y muchas veces en enfoques naturalistas que aportan poco a la reflexión crítica de la situación ambiental del contexto.

Una de las razones por las cuales se presenta esta situación, se debe a que ni siquiera hay un consenso sobre la definición de Educación Ambiental. Dobson (como se citó en Jickling, 2006) ha caracterizado más de trescientas definiciones de EA, muchas de ellas elaboradas por personas ajenas al ámbito social (p. 6). En Latinoamérica, se ha hecho un gran esfuerzo en reuniones y declaraciones para concertar una noción; por ejemplo, en el Taller Subregional de Educación Ambiental para la Enseñanza Secundaria, celebrado en Chosica- Perú, se declaró que la EA es,

La acción educativa permanente por la cual la comunidad educativa tiende a la toma de conciencia de su realidad global, del tipo de relaciones que los hombres establecen entre sí y con la naturaleza, de los problemas derivados de dichas relaciones y sus causas profundas. Ella desarrolla mediante una práctica que vincula al educando con la comunidad, valores y actitudes que promueven un comportamiento dirigido hacia la transformación superadora de esa realidad, tanto en sus aspectos naturales como sociales, desarrollando en el educando las habilidades y aptitudes necesarias para dicha transformación. (Teitelbaum, como se citó en González, 2001, p. 7).

En la actualidad, la EA tiene un reto significativo con el ámbito académico y social, el cual consiste en alejarse de los facilismos que le han otorgado las instituciones internacionales y la misma sociedad; comodines que, en apariencia, solucionan la crisis por la que atraviesa el mundo. La EA no se debe limitar a transmitir sólo conceptos científicos a la deriva ni refugiarse en prácticas que no sean pertinentes a los hábitos y condiciones de existencia.

Por consiguiente, debe ser un vector en la innovación social, potencializar los saberes de las comunidades y ser protagonista al enfrentar las complejidades provocadas por las economías

globales; debe fundamentarse en la sustentabilidad ambiental, en la recuperación del conocimiento local, y no quedarse solamente en soluciones técnicas y científicas.

Así las cosas, se tiene un esbozo sobre lo que ha sido la EA y lo que le ha llegado a muchos de los jóvenes de la zona rural, en términos de programas de EA. Es una preocupación que muchos de los programas que se han llevado a la práctica quedan en “talleres informacionales”, y los marcos de soluciones muchas veces se quedan en retóricas y representaciones de ciertos “síndromes manifiestos de desorden degradación, contaminación, polución” (Santamarina, 2006, p. 36).

En este punto de la reflexión, se plantea la pregunta ¿Qué es lo ambiental para los jóvenes?, la cual facilitará una comprensión de estos saberes –ambientales- que se despliegan en su contexto, y posibilitará la construcción de herramientas y propuestas que les permita responder a los retos que la globalización y el mercado exigen, considerando que sí existe un verdadero reconocimiento a los saberes ambientales de los jóvenes, en especial los que viven en la ruralidad, se podrán efectuar programas educativos que logren no sólo llevar información, sino que también hagan de sus participantes y sus vidas ejes activos en la búsqueda de prácticas conscientes y armónicas con el mundo.

Por otra parte, la gran mayoría de los discursos ideológicos, teóricos y académicos de lo ambiental, que se reproducen hoy día, vienen adaptados por la institucionalidad, y no representan el pensamiento y los saberes de los ciudadanos, desconociendo de tajo el acumulado cultural y las formas de vida de las comunidades rurales. Los habitantes de la ruralidad, también construyen

comprensiones y acumulan saberes sobre lo ambiental, a partir de sus relaciones con el territorio, con la naturaleza y con la sociedad.

En este sentido, Leff (2004) afirma que el saber ambiental no emerge de la profundidad de las ciencias para volver a sumergirse y a disolverse en la racionalidad teórica y los paradigmas prevalecientes de conocimiento, subrayando la importancia de construir saberes desde lo local, desde una construcción epistemológica y teórica distinta a la racionalidad y el positivismo dominante en la ciencia de occidente (p. 254).

Así mismo, resulta interesante abordar la relación juventud-ambiente, por considerar que ha sido poco explorado, ya que la mayoría de las investigaciones revisadas se centran en problematizar la crisis ambiental, a partir de corrientes que responden a discursos hegemónicos, y muy pocas conducen a presentar, de manera categórica, a los jóvenes como actores que intervienen y construyen ese saber.

En síntesis, la propuesta de investigación parte de la pregunta *¿Cómo en las narraciones de jóvenes rurales, el saber ambiental emerge como acontecimiento vital?* Pues se considera que las comunidades, en especial las del campo, poseen un saber ambiental que no es más que “el conocimiento desde nuevas visiones, potencialidades (...) construido por significados elaborados a través de procesos simbólicos que configuran estilos” (Leff, 2001, p. 34). La respuesta a esta pregunta se buscará a partir de las narraciones de jóvenes, en las cuales se podrá avanzar, retroceder y hacer nuevas preguntas sobre la construcción del saber ambiental en sus contextos rurales. Finalmente, y como lo expresó Michel Foucault (como se citó en Caride, 2006), “los

conocimientos y, con ellos, las palabras que los nombran y transmiten, acaban construyendo una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad” (p. 11).

2. Estado del arte y referente teórico

Al abordar el tema ambiental surgen muchas preguntas sobre el cómo iniciar el trabajo con un tema de interés y complejidad, pero al mismo tiempo, un tema que presenta confusiones conceptuales a nivel teórico y social, pues se observa una gran desarticulación entre lo que se dice y lo que se hace. Una de las dudas que surge en este contexto se relaciona con la desarticulación de la teoría y la práctica, frente a la cual, una de sus posibles respuestas depende de las intenciones del discurso ambiental, como aquel capaz de instaurar recursos para su perduración con unos intereses particulares. Por su parte, Santamarina (2006) considera que los discursos han privilegiado ciertas demandas hegemónicas, permitiendo una normalización de los peligros y riesgos a los que se expone el mundo con el sistema capitalista, ayudados además por las estrategias mediáticas, logrando con ello, como en el caso de la normalización de lo ecológico, la re- producción de los espacios de poder, a través de sus usos normativos (p. 26).

De esta manera, los factores discursivos ocupan un lugar importante en esta búsqueda, pero no se debe concentrar el esfuerzo solo en el análisis del discurso, dejando por fuera parte de la discusión que llevó a plantear el problema y que se relaciona con las prácticas de los jóvenes en el campo, en relación con los problemas ambientales; es así como entra en el presente proyecto de investigación la concepción de *acontecimientos*, pues éstos constituyen hitos en la subjetivación (Luna, 2006, p. 4).

En relación con lo anterior, la presente propuesta busca comprender cómo los jóvenes, a través de sus narraciones, se aproximan a un saber ambiental como un hecho que hace parte de sus experiencias y acontecimientos. El acontecimiento, en palabras de Foucault (1999),

No es un acto, ni la propiedad de un cuerpo, se produce como efecto y se dispone materialmente, estableciendo series múltiples, divergentes, pero no autónomas que permiten circunscribir el “lugar” del acontecimiento, las márgenes de su azar, las condiciones de su aparición. (p. 35).

Es por eso que este proyecto busca rastrear las prácticas de los jóvenes, como aquellos “disparadores condicionales y convencionales” (Bourdieu, 2007, p. 87), que pueden responder como detonantes y poseedores de un efecto materializable, y que pueden hacer del “hacer” una experiencia que se apodera del hombre y lo transforma (Bárcena y Melich, 2000, p. 162).

Para Bourdieu (1993), las prácticas “No se las puede explicar, pues, sino a condición de vincular las condiciones sociales en la que se ha constituido el habitus que la ha engendrado con las condiciones sociales en las que este opera” (p. 91). Es decir, las prácticas responden a una estructura social (Berger y Luckmann, 1999, p. 50) en la cual se producen los pensamientos, las percepciones y las acciones del agente. Además de esto, las condiciones y clases sociales generan distintos universos de experiencias, ámbitos de prácticas, categorías de percepción y apreciación, que son de vital importancia para un análisis de los saberes que se construyen socialmente.

Entonces, la teoría del habitus de Bourdieu (1993),

(...) trata de superar la dicotomía entre la subjetividad y el objetivismo, pues considera que las prácticas no sólo responden a estructuras sociales sino también al habitus que asegura la presencia activa de las experiencias pasadas, registradas en cada organismo bajo esquemas de percepción, de pensamiento y acción. (p. 88).

El habitus es el que origina las prácticas sociales, tanto individuales como colectivas, pero al mismo tiempo permite superar el problema del sujeto individual al constituirse como lugar de incorporación de lo social en el sujeto (Aquileana, 2008).

En este sentido, el habitus es un conocimiento, hecho cuerpo en las prácticas, adherido a los esquemas mentales más profundos del “inconsciente social”, con los que las personas guían la mayor parte de sus prácticas, sin necesidad de racionalizarlas, pero adecuadas a un fin racional. Siguiendo al mismo Bourdieu (como se citó en Aquileana, 2008), los habitus permiten escapar a la alternativa entre desmitificación y mitificación, la desmitificación de los criterios objetivos y la ratificación mitificada y mitificadora de las representaciones y voluntades.

Para el propósito del proyecto es importante, además de las prácticas productivas, interpretar, en las narraciones de los jóvenes, lo que dicen de lo ambiental, tanto en pensamiento como en percepción y acción, y es la teoría del habitus la que mejor recoge estos postulados. Sin embargo, es pertinente preguntarse ¿los habitus pueden ser visibles a la luz de las narrativas?

El habitus es estructura, y la narrativa como método cualitativo reconstruye el pasado, forja el presente y ofrece perspectivas para el futuro, pero nunca de manera lineal para una persona. Para Bourdieu (1993) el habitus es una ley inmanente, que no necesita de una concertación consciente (p. 90), por eso no le atribuyó sentido al aprovechamiento de las experiencias vividas y la reconstitución inútil de las singularidades personales para descifrar la intención objetiva de las prácticas; además, éstas no se deducen ni de las condiciones presentes ni de las condiciones pasadas. Es nuestro reto ver hasta qué punto puede este horizonte del Habitus, en ese caso de lo ambiental, ampliarse más. Nuestra intención entonces es expresar el deseo de volver a las experiencias significativas que encontramos en la vida diaria, no como un rechazo de la ciencia, sino más bien como método que puede tratar las preocupaciones que normalmente quedan excluidas de la ciencia normal (Van Manen, como se citó en Bárcena y Melich, 2000, p. 75).

Estado del Arte

En la revisión bibliográfica en diversas fuentes y bases de datos (Csic, Clacso, Dialnet y Redalich), sobre el tema de estudio, se encontró que muchos de los trabajos investigativos abordan, como ya lo expresamos, el tema de la juventud desde una perspectiva rural, sin relacionar lo ambiental. A continuación, se presentan algunos trabajos investigativos relacionados con el tema de la propuesta: conversación, sujeto político y participación juvenil.

La revista mexicana Jóvenes dedica su número 9, de julio - diciembre de 1999, al tema central de jóvenes del campo; en su editorial se señala la poca producción que existía sobre el tema, pero que poco a poco han ido surgiendo actores dispuestos a incluir a este sector en las

agendas del desarrollo. El conjunto de artículos, en ella consignados, señala la heterogeneidad juvenil, tanto para los centros urbanos como para las zonas rurales. Toca además un tema que es tangencial a todos los países latinoamericanos, como lo es la migración juvenil, llevándolos del campo a la ciudad. Así mismo, en los contenidos se evidencia lo que denominan la “transparencia” o “invisibilidad” del sector juvenil.

Los labradores del azar. Un estudio sobre las representaciones y las dinámicas de la juventud rural (Silva, 2009). En él se expone de manera explícita la forma como se han producido las imágenes de la juventud campesina de Colombia, retomando las perspectivas políticas y académicas desde las que se ha abordado el tema, para demostrar las implicaciones de dichas imágenes en la realidad social de la juventud del campo. Además, explora las dinámicas de la juventud rural, en el contexto en el cual los jóvenes se ven obligados a ejercer un papel productivo, cuando no existen las condiciones para este rol.

Identidades trastocadas de la Juventud Rural en contexto de exclusión. Ensayando una reflexión sobre la juventud campesina paraguaya (Caputo, 2001). Este artículo aborda la juventud campesina desde diferentes perspectivas, su identidad, su exposición a los medios de comunicación, su relación con lo urbano y la presencia en las políticas públicas. Muestra también cómo la juventud misma valora ampliamente la educación como modo de producción de oportunidades para su vida, aunque muchos jóvenes subrayen que sus principales aprendizajes, referidos al trabajo, provienen de su vida familiar y no de la educación formal. El gran aporte de este artículo es resaltar la importancia de la identidad juvenil, sosteniendo que los procesos de globalización han aumentado las diferencias; además, destaca una supuesta “identidad de

resistencia” que los jóvenes rurales forjan a través de una revitalización de su cultura propia frente a las presiones de la globalización.

Jóvenes y nueva ruralidad: protagonistas actuales y potenciales del cambio (Instituto Interamericano de cooperación para la agricultura, 2000). Este documento busca sopesar las diferentes dimensiones del ser humano: social, cultural, político, económico, ambiental, en la vida de los jóvenes de la ruralidad latinoamericana. En el tema ambiental hay una gran inquietud por el manejo que se tiene de los recursos naturales y la falta de alternativas que existen; sin embargo, consideran que es la juventud la que puede cambiar ese círculo, pues entre ellos existe la tendencia a desarrollar una mayor sensibilidad sobre la relación entre el ser humano y el ambiente.

En particular, los jóvenes rurales, al crecer en el campo, tienen la posibilidad de conocer diferentes formas y alternativas de relacionarse con el ambiente. El documento muestra que ha sido muy poco o nulo el reconocimiento de los saberes que tienen los jóvenes sobre los ecosistemas naturales y la biodiversidad, además de su sensibilidad ambiental y el potencial de crear condiciones para el desarrollo.

Actitudes y percepción del medio ambiente en la juventud española (Oliver, 2005). Este trabajo es el resultado de un proyecto realizado en toda España, donde comparan las actitudes y opiniones de los españoles sobre el medio ambiente, en relación con las opiniones que se tienen sobre este tema en el resto de Europa. Fue una investigación de corte cuantitativo y cualitativo, la cual, a partir de preguntas cerradas a un cierto número de personas, buscó comprender la

percepción que se tenía del medio ambiente. Como resultado, encontraron que la problemática ambiental difiere en un amplio abanico de concepciones, pues muchos creen que la especie humana está en el punto final y otros consideran que están en la senda del progreso continuado. La mayor preocupación en este trabajo es ver cómo las diferentes líneas de trabajo, programas y actividades no saben con quién están trabajando y cuál es su realidad.

Dilema de la juventud en territorios rurales de Colombia: ¿campo o ciudad? (Jurado y Tobasura, 2012). Este trabajo analiza la relación entre transiciones demográficas, migratorias y productivas en la construcción de identidades y de proyectos de vida de los sujetos jóvenes de los territorios rurales del Eje Cafetero. Las identidades y los proyectos de vida de estos jóvenes tienden a surgir de un proceso contradictorio y conflictivo, en el que confluyen diferentes interpelaciones en torno a lo rural, a lo urbano y a lo joven, que provocan contradicciones y crisis de identidad. Tras aplicar la metodología se evidenció el dilema al que está enfrentada esta población, y permitió aproximarse a las miradas de los jóvenes sobre sus perspectivas y proyectos relacionados con la vida urbana y su visión de la vida rural. Sobre esa base con un abordaje cualitativo, los autores exploraron, además, los factores que mantienen o expulsan a los sujetos jóvenes de los territorios rurales.

A partir del rastreo bibliográfico se definirán las tres categorías con las que se trabajará en el proyecto:

Lo ambiental

Cabe señalar que para la presente investigación se retoma el concepto de ambiente planteado por la Política Nacional de Educación Ambiental, como el entramado de relaciones de interdependencia del individuo con su entorno a partir del conocimiento reflexivo y crítico de su realidad biofísica, social, política, económica y cultural (Ministerio de Educación Nacional, 2002).

Adicional a esto, Noguera (2004) amplía esta definición de lo ambiental, trascendiendo la mirada naturalista y exclusivamente antropocentrista, incluyendo otras dimensiones como la física, la biológica y la social, y una ética del ser, como una manera de comprender la propia vida (p. 17).

Es importante aclarar que el pensamiento occidental no ha compartido tal definición de lo ambiental, antes, por el contrario, durante décadas sus investigaciones han estado centradas en la separación dualista de naturaleza-cultura, como dos entidades diferentes. Esta separación se consolidó hacia finales del siglo XIX, cuando surgió en las disciplinas de las ciencias naturales la discusión por la naturaleza como ente externo, lo natural como algo que está por fuera y lo cultural como el entramado de creencias y creaciones materiales fuera de lo natural. Las ciencias sociales ayudaron a esta dicotomía; la Antropología, por ejemplo, como disciplina que se encarga de estudiar el comportamiento humano, inició un listado de descripciones y estudios acerca de cómo las sociedades no industrializadas se adaptan al medio ambiente y eran condicionadas por este; esta teoría se conoce como determinismo ambiental (Kay, como se citó en Ulloa, 2002, p. 5).

Sin embargo, surgieron otras teorías que contribuyeron a fragmentar y separar aún más las ciencias sociales, tales como el determinismo cultural o el determinismo geográfico, las cuales nutrieron la discusión filosófica y epistemológica, a la vez que complejizaban la manera de analizar y resolver los problemas sociales con construcciones teóricas y metodológicas enmarcadas en un racionalismo positivista. Antropólogos como Alfred Kroeber, a partir de sus estudios, empezaron a considerar que el ambiente era determinante y por el contrario la cultura es un fenómeno autónomo; pero, estas consideraciones se quedaron cortas y fue poco lo que pudieron establecer sobre la relación de la naturaleza y la cultura. Adicional a esto, la Ecología cultural con Julian Steward rompió con los planteamientos anteriores y señaló que era inútil explicar los fenómenos culturales, atendiendo a otros de igual carácter, pues para él, el elemento crucial no era la cultura, pero tampoco lo era la naturaleza, sino el proceso de interacción entre la organización social y los elementos ecológicos apropiados por un grupo cultural, a los que denominó entorno.

Por su parte, la ecología como una ciencia relativamente nueva, auxiliar de la biología, se ocupa de estudiar las relaciones de intercambio de energía entre los seres vivos que habitan un ecosistema. La antropología ecológica hace un intento por situar al hombre dentro de la teoría ecosistémica, sin salirse de la racionalidad instrumental. En relación con esta idea, Rappaport (s.f.) argumenta que la especie humana sólo es una más entre las otras especies biológicas, y que por eso es necesario una relación integral, pues su relación con los otros seres vivos es indispensable (p. 143).

De esta manera, las corrientes de Ecología cultural, Antropología ecológica y los

determinismos, siguen en diferentes horizontes, considerando el dualismo naturaleza-cultura, ya sea como una inmanente y la otra trascendente, o por el contrario como una relación armónica y un sistema autocontenido y en equilibrio (Ulloa, 2002, p. 145).

Este proyecto no aborda la categoría de naturaleza, aunque en la actualidad este concepto es entendido como una construcción social, para enfocarse más en la construcción del saber ambiental. Descola (2002), considera que la noción de ambiente se convierte en un objeto legítimo de investigación, ya que busca orientar el análisis hacia un horizonte analítico desprovisto de aporías de dualismo. Es decir, lo ambiental como un nuevo entendimiento, el cual fundamenta “la naturaleza/cultura como interdependiente e interactiva en la cual ambas son afectadas recíprocamente” (Ulloa, 2002, p. 150).

En la actualidad, biólogos como Toledo y Barrera-Bassols (2009) están trabajando en una nueva corriente llamada etnoecología, la cual comprende, en primer término, al sistema de creencias o cosmovisiones; como segundo término, el enlace a los conocimientos o “sistemas cognitivos”; y, por último, se complementa por un sistema de “prácticas productivas de recursos naturales”, es decir, la praxis (p. 11). Sus propuestas integran la relación de naturaleza y cultura llamándola biocultura, y su propósito es la investigación para el mejoramiento del bienestar de la sociedad actual.

Así las cosas, se considera pertinente conservar la noción de lo ambiental, pues ésta permite no sólo la relación del ser humano con el medio ambiente en las tres esferas el kosmos, el corpus y la praxis, sino que también permite evidenciar las problemáticas políticas, económicas e

históricas en relación con el ámbito cultural. Además de esto, es importante resaltar el conocimiento ambiental y las prácticas realizadas por los jóvenes en sus territorios, como punto de referencia en la narración de sus experiencias.

Muchas de las investigaciones realizadas por los teóricos etnoecológicos centran sus investigaciones en cuatro líneas: desarrollo económico y bienestar humano, manejo de recursos naturales, diversidad biológica y diversidad cultural, y sistemas locales de conocimiento ecológico (Reyes-García y Martí-Sanz, 2007, p. 1). A grandes rasgos, esta corriente, aunque trata de dar integralidad a la naturaleza y a la cultura, reduce el hecho de que “hay una naturaleza que no hicimos y hay una sociedad que podemos cambiar” (Latour, 2007, p. 204), además de tener un gran componente cognitivo.

Por otro lado, en el libro *Diálogo de saberes, ciencias e ideología en torno de a lo ambiental* de López y Hernández (2009) se recopilan diferentes experiencias teóricas y prácticas que reflexionan en torno a lo ambiental, ofreciendo otra faceta distinta del asunto. El primer bloque del libro se concentra en indagar por la importancia del diálogo entre los saberes locales y las experiencias científicas; la segunda, parte presenta una experiencia investigativa de diálogo, donde se pasa por los saberes de las comunidades, con el fin de proyectar toda una praxis en torno a la soberanía alimentaria. El aporte del texto para nuestra construcción conceptual consistió en considerar las acciones concretas como posiciones ante las dificultades de la vida, y en reflexionar frente a los diferentes discursos ambientales dentro de los saberes hegemónicos y no hegemónicos.

De este modo, las narraciones de las historias de vida de jóvenes de la zona rural del Departamento de Antioquia se convertirán en el punto de partida para visualizar el saber ambiental que tienen de su contexto. Así, como toda narración es un relato de lo acontecido, posiblemente pueden salir en las conversaciones la problemática ambiental, la crisis ambiental, y las reflexiones que esto conlleva, el consumismo, el sistema capitalista o los conflictos locales y globales. Enrique Leff (2004) sostiene que la racionalidad de las ciencias ha sido desbordada por las problemáticas ambientales, y la sociedad ha necesitado irrumpir en la saturación de la racionalización de la modernidad, instaurando un saber ambiental, el cual es sobre todo la reconstrucción del conocimiento desde nuevas visiones, potencialidades, y no desde la sumisión de particularidades locales a racionalidades universales. Se apuesta por encontrar actores sociales que hayan construido una nueva racionalidad productiva, basada en las potencialidades ecológicas y los significados culturales (p. 34).

La epistemología ambiental “desplaza la relación de identidad entre el concepto y la cosa, a la relación del ser con el saber, del yo con el Otro, del ser con su alteridad” (Leff, 2010, p. 14), sin caer en la reducción del conocimiento a una relación del medio ambiente con prácticas de subsistencia; más bien, en ellas se conjugan saberes, ideologías y discursos que se han ido construyendo y que son susceptibles de seguir cambiando, porque las prácticas y conocimientos, además de responder a las tradiciones locales y el contexto, también responden a discursos institucionales y mediáticos. En contraste, lo que se promueve con este cambio de visión es construir una relación entre ser y saber, diferente de las relaciones dualistas del racionalismo dominante en las ciencias sociales.

Lo ambiental será la entrada para iniciar la deconstrucción de la categoría de sujeto, anclado en la epistemología moderna, que aunque ha buscado formas de resurgir, sigue encadenado a los dualismos de una ciencia progresista que se considera a sí misma el centro del conocimiento. Lo ambiental es una invitación a re-definir qué es estar en el mundo, qué se hace ante una crisis ambiental, la cual no es otra cosa que una crisis del conocimiento de la racionalidad moderna (Leff, 2010, p. 3). De esta manera, lo ambiental es una categoría que no apela a la subjetividad individual, sino que necesita la emergencia del ser en lo colectivo, que tiene un permanente diálogo de saberes, que siente que es mejor estar en grupo que solo, develando que la naturaleza no es algo externo, sino que está entrelazada con la cultura. Para concluir esta idea, se afirma que lo ambiental es una categoría que no busca en el orden social las respuestas (porque no las busca), sino seguir dando pistas de cómo superar la crisis de la racionalidad moderna.

Ruralidad

Al abordar el concepto de ruralidad, se entiende que es una realidad percibida, que gracias a sus contables características tiene una naturaleza que condiciona ciertos procesos. Según Pérez (1993), “la ruralidad es una construcción social; una dimensión histórica de la confluencia de fuerzas sociales en la esfera local, regional, nacional y, de forma creciente, por acontecimientos que trascienden las fronteras nacionales” (p. 15).

Sin embargo, el concepto de ruralidad ha sido ampliamente cuestionado durante mucho tiempo, sobre todo por sus múltiples enfoques que van desde lo económico a lo sociológico, pasando por lo geográfico; algunos críticos consideran que es más un adjetivo que un sustantivo

(Paniagua y Hoggart, 2002, p. 1). En relación con esta situación, se hará referencia a algunos de los antecedentes que han aportado a la construcción del concepto de ruralidad en el campo de las ciencias sociales, en particular a los aportes de la **sociología rural** como disciplina que lo visibilizó como objeto de estudio. En contraste, el ejercicio de investigación, a través de la narración de los jóvenes, aportará otros elementos conceptuales relacionados con la ruralidad en el ámbito regional.

Desde finales del siglo XIX algunos teóricos como Marx, Weber o Durkheim han visibilizado lo rural de diferentes maneras. Por ejemplo, Romero (2012), indica que “la sociedad rural fuera considerada atrasada y condenada a las transformaciones materiales y culturales que tenían como centro la ciudad industrial, era interpretada como receptiva a los cambios originados en la ciudad y en la sociedad industrial”. Por su parte, Marx y Weber, definen lo rural como lo pre-capitalista, presentando los cambios socioeconómicos y culturales como medio para llegar a lo industrial.

Hacia los años treinta del siglo XX, las preocupaciones de los teóricos sociales se centran en los cambios de la sociedad, en el modelo del fordismo y en la producción en masa, los cuales rompen con una tradición de gente trabajadora, donde se muestra al campesino y su hábitat como la polarización de lo urbano. De esta manera de ver las cosas, surgió una apuesta teórica que empezó a oponer lo rural a lo urbano, anclado en el enfoque dicotómico clásico, el cual buscaba “determinar evidencias que distinguieran la realidad rural de la urbana, tomando como base la polarización comunidad/sociedad” (Romero, 2012).

Según Romero (2012) en los años 60’ surgió un nuevo enfoque, el continuum rural –urbano,

el cual fue crítico con su predecesor, considerando que la ruralidad era una entidad particular dotada con sus propias características y no un puente para llegar al desarrollo industrial. Este enfoque se interesó por el estudio del cambio socio-cultural en la esfera de la comunidad rural, pero no trascendió su oposición. Aunque logró darles identidad a los habitantes de estos sectores, la mayoría de sus estudios sólo vanagloriaban lo folclórico sin ninguna legitimación que los pusieran al mismo nivel de lo urbano.

Por esta época muchas de las investigaciones de la sociología se concentraron en hacer definiciones y descripciones cuantitativas de qué es lo rural. Se inició así, un gran interés por saber qué hay en la ruralidad, qué diferencia y qué semejanzas tiene con lo urbano. Una de las categorías que más se trabajó fue la densidad poblacional; a menor densidad se era más rural. Saber cuántos habitantes por metro cuadrado era la media para identificar lo rural. Otras de las categorías eran la productividad y su capacidad de subsistencia, siendo la agricultura su mayor fuente de ingresos y reconocimiento. Para completar esta idea, se concebía también la distancia como categoría relacionada con lo rural, pues la lejanía respondía a la capacidad de conservación de unas tradiciones distintas de las de la urbe y de diferenciación de dos lugares opuestos.

En los años 80' y 90' del siglo XX, el enfoque rural y agrícola era objeto de reflexión con un nuevo campo de estudio, la ruralidad en América Latina. Dentro de este campo de estudio, los enfoques de corte cualitativos dieron rompimiento a la reiterada afirmación de coincidencia entre rural y agrícola. En contraste, las nuevas reflexiones están cruzadas por la nueva construcción de campesino, pues ya no es sólo el que trabaja el campo y vive allí, sino que está ataviado de otras formas de ser religioso, político, resistente, ecológico.

Es así como se incluyó dentro del concepto de ruralidad la noción de pluriactividad, la cual es entendida como la capacidad de desarrollar otras actividades económicas, sociales o políticas, al margen de las agrícolas, siendo el turismo ecológico una de la más promovidas. De esta manera, se pasa de ser grandes productores a pequeños cuidadores. En la actualidad, el mayor reto de las políticas neoliberales es que la ruralidad pueda estar acorde a las pretensiones de la globalización y sus dinámicas, el desarrollo sostenible. El mundo rural, como lo presenta Pérez (2002), está en crisis, pues aun no comprende su papel actual y sus nuevas funciones; y así no sólo pierde su identidad, sino también su población, sus modelos de organización y muchas de sus actividades. (p. 14)

Es así, como el desarrollo rural integrado se convierte en una solución ante esta crisis, develando la estrecha interdependencia del mundo rural con el resto de la economía; se necesita de un impulso económico, de equidad social, apoyo tecnológico y de infraestructura para que los campesinos produzcan alimentos, conservando el paisaje y cuidando el ambiente. En general, lo rural ha sido visto como la salvaguarda de lo urbano; sí antes debía salvaguardar la despensa, ahora debe proteger al ambiente de la crisis producida y acelerada por la producción industrial, la minería o el aumento de la temperatura.

Con estas posturas no se pretende salvaguardar una ruralidad local, autárquica o cerrada, que considere el progreso como la pérdida de la cultura y la economía. En contraste, se apuesta por una visión que vaya mucho más allá de lo económico y territorial, intercalando en lo rural actividades del sistema económico productivo primario, secundario y del tercer sector (Romero,

2012), a favor del desarrollo, no sin antes buscar la raíz cultural y social que dé estabilidad a la economía local.

Para concluir esta idea, sobre una ruralidad rica en prácticas y formas culturales de desenvolvimiento, Leff (2001) señala que

En las áreas rurales del tercer mundo, las prácticas sociales y productivas están íntimamente asociadas a valores y procesos simbólicos que organizan formaciones culturales y permiten la apropiación social y la transformación del medio ambiente. La organización cultural regula el uso de recursos para satisfacer las necesidades de sus miembros. A través de procesos simbólicos se configuran mecanismos culturales que norman el acceso social a la naturaleza, dan forma al desarrollo tecnológico y regulan los ritos de extracción y transformación de los recursos. (p. 31).

Juventud

Los grandes estudios en juventud se centran en los jóvenes urbanos; con ellos se ha hecho una categorización acerca de sus particularidades como grupo poblacional, que participa activamente en el desarrollo de sus territorios. Esto ha generado que todos los estereotipos por los cuales se caracteriza a los jóvenes actuales sean contruidos a partir de estudios en zonas urbanas y se piense de manera errónea que la diversidad juvenil se encuentra en las urbes, clasificando a los jóvenes rurales en una sola categoría (Durstón, 2000, p. 4). Para completar esta idea, el mismo autor afirma que,

Hay un muy difundido estereotipo [Cursivas añadidas] del joven rural: “un muchacho campesino de 16 años analfabeto funcional, que ya se casó, ya tiene hijos y trabaja en la agricultura familiar de subsistencia”. Este estereotipo parece estar implícita en muchas de las reflexiones y propuestas poco concretas que se hacen relativos a la juventud rural. Es obvio que no corresponde a todos los jóvenes rurales; pero ni siquiera se acerca a un promedio de ellos. (Durston, 2000, p. 4).

Aparte de estas condiciones, los asuntos globalizantes, la restricción a la tecnología y la necesidad de acceder al conocimiento, hacen que los jóvenes tengan que asumir grandes retos en sus contextos locales. En general, los jóvenes, como la categoría que se conoce hoy día, poseen una conexión con lo ambiental y una gran capacidad de comprender el entramado de relaciones que se tejen entre la vida, la sociedad y el territorio. Así mismo, están dispuestos a plantear alternativas de solución, como actores sociales, a las problemáticas ambientales locales y globales.

En la actualidad, los jóvenes reclaman escenarios en los cuales puedan ser protagonistas en la vida social con su condición de edad, por eso muchos gobiernos han diseñado políticas públicas para su atención, y por otro lado los medios de comunicación constantemente informan con preocupación de sus problemáticas acercándose a la gran mayoría de los ámbitos en los cuales se desenvuelven. La socialización de las necesidades y lógicas de los jóvenes, busca promover espacios donde se construyan subjetividades políticas y reflexivas. Sin embargo, la familia o la escuela no son los únicos espacios, se necesitan otros escenarios alternos a la escuela donde se visualice a los jóvenes como actores fundamentales de su propia historia con las características

de su edad y la condición de sujetos de su propio desarrollo.

El mayor reto es configurar unos mínimos que permitan la convivencia en medio de la pluralidad de intereses y necesidades en conflicto (Botero y Alvarado, 2006, p. 5), pues la subjetividad política no es sólo una construcción que se va ampliando en la medida de nuestra madurez biológica, sino que es una apuesta que conlleva diferentes formas de expresión, de acción en lo público y participación, que se pueden fomentar desde una edad temprana, a través de una formación ciudadana crítica.

3. Objetivos

Objetivo General

Comprender el saber ambiental de cinco (5) jóvenes de la zona rural del Departamento de Antioquia, a través de una aproximación a sus narraciones como acontecimiento vital en sus historias de vida.

Objetivos específicos

- Analizar el conocimiento de lo ambiental que han construido cinco (5) jóvenes de la zona rural de Antioquia a lo largo de su vida, a través de sus historias.
- Reconocer, a través de sus discursos, las prácticas que los jóvenes en el contexto rural del Departamento de Antioquia tienen en relación con lo ambiental.

- Examinar la relación del contexto rural de los jóvenes en Antioquia con su saber ambiental, construido a partir de sus experiencias de vida.

4. Metodología propuesta

Para el desarrollo del presente proyecto se propone la realización de una investigación cualitativa, la cual constituye el desplazamiento del enfoque investigativo de escenarios sistemáticos y cuantitativos, abriendo el horizonte para interpretar y comprender; es decir, una investigación que, al construir datos que al ser procesados, habrán de articularse en nuevas narrativas, discursos y textos (Luna, 2006, p. 15). Entonces, se trabajará con referentes conceptuales, pero sin que estos sean un obstáculo para generar nuevas categorías y textos sobre el objeto de estudio; como lo referencia Galeano (2004) es un retorno al sujeto con sus múltiples dimensiones.

Lo cualitativo permite construir una ruta metodológica que se nutre de múltiples interpretaciones y recursos instrumentales, en este caso con las historias de vida, que invitan a interpretar lo que están diciendo los interlocutores del mundo en que viven; es lograr la maravilla de asir los significados expresados en la palabra y la acción.

Se opta por la **historia de vida**, desde un enfoque fenomenológico, porque permite descubrir cronológicamente cómo el joven se ha relacionado con la naturaleza en su vida cotidiana, en qué momentos lo ambiental ha hecho parte de sus experiencias de vida, y cómo ha sido su relación con el contexto donde habita. De este modo, la historia de vida permite comprender cómo el ser

está inserto en el mundo, pues en éstas se manifiesta que “la capacidad humana para la acción no es una capacidad que se pueda ejercitar en el aislamiento, estar aislados equivale a ser incapaces de acción” (Bárcena y Melich, 2000, p. 68).

La perspectiva de la presente propuesta de investigación es interpretativa y busca penetrar en el mundo personal de los sujetos, buscando la objetivación de los significados que ellos le atribuyen a sus acciones y que sirven de soporte a las interpretaciones que hacen de la realidad que los circunda (Obregón, como se citó en Villegas y González, 2011, p. 7).

Las Historias de vida, como método de la investigación cualitativa, permitirán observar, desde lo cotidiano y a través de lo cotidiano, el carácter histórico de la producción y reproducción social (relaciones, visiones, rutinas, temporalidades, sentidos, significados) que favorece a la comprensión de que dicha persona no es sólo un reflejo del pensamiento social, sino que también es un actor activo en esa construcción. Para Galeano y Vélez (como se citó en Galeano, 2004), las historias de vida son:

Una modalidad de investigación cualitativa encaminada a generar visiones alternativas de la realidad social mediante la reconstrucción de vivencias personales. Es un proceso de reconstrucción que compromete la vida y realidad del actor social produciendo una valoración social subjetiva frente a la sociedad y la cultura.... En la historia de vida se entrelaza el tiempo individual con el tiempo social relacionando elementos biográficos con elementos históricos sociales recorridos por el sujeto en su ciclo vital, individual o familiar. (p. 39).

Adicional a esto, las historias de vida permiten adentrarse en el complejo sistema de valores, ideologías, significados, prácticas productivas y estilos de vida que toda organización cultural ha desarrollado a lo largo de la historia, y que se especifican en los diferentes contextos geográficos y ecológicos (Leff, 2001, p. 58).

Participantes

Los participantes en la investigación serán cinco (5) jóvenes entre los 14 y 24 años, hombres y mujeres, líderes juveniles ambientales, habitantes de zonas rurales del Departamento de Antioquia; cada uno de ellos pertenecientes a municipios de las siguientes subregiones, Urabá, Suroeste, Norte, Occidente y Nordeste; con el fin de representar la diversidad del Departamento, y al mismo tiempo tener la oportunidad de analizar cómo diferentes contextos geográficos posibilitan escenarios para que los jóvenes narren lo ambiental.

Es importante aclarar que, aunque son nueve subregiones las que concentra el Departamento, se considera que estas cinco representan los diferentes pisos térmicos, y además dan muestra de las economías diversificadas y del rico sistema cultural y social. Se debe aclarar que no se trabajará con jóvenes de la zona de Bajo Cauca, por los tiempos del trabajo y porque es una zona de la que no se tiene información preliminar de entidades o grupos que trabajen con jóvenes.

La escogencia de estos chicos se realizará de manera aleatoria y no responderá a algún interés geográfico ni económico ni de género; la relación que tienen estos jóvenes es que todos ellos viven en la ruralidad y que sus acontecimientos más vitales han estado marcados por su vida en

el campo.

Recolección de la información

Para la reconstrucción de las historias de vida se utilizará la ruta metodológica propuesta por Galeano (2004, p. 65).

a. Exploración

Para la exploración se realizará primero un acercamiento al contexto etnográfico de los jóvenes a entrevistar. Visitar con antelación el municipio donde viven para describir los sucesos que pasan en su presente inmediato, a través de entrevistas abiertas a sus familias para que cuenten hechos relevantes de la vida de estos jóvenes.

Teniendo en cuenta que una historia de vida es la puesta en escena de estos jóvenes, será necesario siempre estar en constante acuerdo y establecer compromisos entre ambas partes y autorización de sus cuidadores.

b. Descripción

Es necesario que los jóvenes participantes se abran y de dejen fluir sus recuerdos, pues si bien se tomarán todos acontecimientos de su vida, es necesario ver su situación personal a la luz del entramado social y cultural; para esto, se prestará mucha atención a los entramados públicos y privados donde transcurre su vida diaria.

c. Análisis

Para el análisis que es el momento donde ordenaremos los elementos de la vida como objeto de estudio se tendrán en cuenta los siguientes pasos:

- Transcripción de las narraciones
 - Lectura detallada, buscando códigos que sean recurrentes en los textos
 - Se construirán datos a partir del texto
 - Se harán marcas que sean pertinentes a nuestros objetivos
 - Se triangula las narraciones de los jóvenes
 - Se elabora un corpus temático con los temas más representativos que encontramos sobre lo ambiental
- Se analiza los contextos que aparecen en las narraciones.
 - Por último, se hace una comprensión teórica.

Para la investigación se utilizará como técnica la *entrevista a profundidad*, la cual será apoyada con la toma de grabaciones de voz, las cuales posteriormente serán estudiadas a través de la construcción de diferentes categorías de análisis.

Las transcripciones serán enviadas a los jóvenes para que ellos las lean y den su aprobación, y después de realizado el análisis, los resultados serán socializados con ellos; además, se socializará con pares investigadores del ámbito de lo social y lo ambiental con el ánimo de dar validez a la investigación; finalmente, los resultados serán publicados en un artículo.

5. Resultados /productos esperados y potenciales beneficiarios

De acuerdo con los objetivos de la presente investigación, el principal resultado estará orientado comprender cómo el saber ambiental hace marca en los jóvenes rurales de Antioquia, a través de los acontecimientos que narran en sus historias de vida, y con ello contribuir en lo académico desde el ámbito de construcción teórica de lo ambiental, así como desde el ámbito educativo, a partir de la construcción de estrategias pedagógicas que posibiliten visibilizar lo ambiental en sus construcciones tradicionales, y , encontrando relaciones sinérgicas entre ambiente y sociedad. Y a partir de estos redescubrimientos aportar al discurso emergente sobre lo ambiental, que vincule tanto las necesidades de su contexto como los intereses globales.

Se considera pertinente con lo anterior, cristalizar los resultados de la investigación en la propuesta educativa, sin dejar a un lado las publicaciones científicas. Con respecto a las publicaciones estas estarán enfocadas en la generación de conocimiento; el artículo de resultados de investigación tiene como mayor reto visibilizar cómo los jóvenes llegan a representar lo ambiental, y de este modo poder aportar al marco conceptual de la Educación Ambiental. Para los artículos de revisión, que serán presentados a revistas indexadas, se buscará analizar a profundidad los referentes conceptuales de juventud rural; y lo ambiental como concepto emergente en los discursos de movimientos sociales.

Además, el mayor interés es poder circular el conocimiento de los jóvenes a otros jóvenes y a la comunidad. “Urdimbre y Trama” será una propuesta educativa que generará un ambiente de construcción colectiva del conocimiento, poniendo en contraste las teorías ambientales con las

realidades presentes en el territorio, pues sería muy difícil hablar de procesos de enseñanza-aprendizaje en el marco de una propuesta educativa ambiental, sin tomar el territorio como un eje fundamental y transversal, así como la inclusión de éste como un objeto mismo de estudio.

Tabla 1. Generación de nuevo conocimiento

Resultado/Producto esperado	Indicador	Beneficiario
Socialización de la investigación en eventos académicos ambientales en el ámbito nacional.	1 Ponencia en un evento académico.	Comunidad académica
Artículo de resultados	1 Artículo publicado en una revista indexada	Comunidad académica
2 artículos revisión	2 artículos publicados en revistas indexadas	Comunidad académica

Tabla 2. Fortalecimiento de la comunidad científica

Resultado/Producto esperado	Indicador	Beneficiario
Profundización del concepto de saber ambiental para aportar a la fundamentación de la Educación ambiental	1 Artículo publicado en una revista indexada	Comunidad académica
Preparación de ponencia para evento académico internacional	1 Ponencia para evento internacional	Comunidad académica

Tabla 3. Apropiación social del conocimiento

Resultado/Producto esperado	Indicador	Beneficiario
Una propuesta educativa: aportar al diseño Talleres de sensibilización con respecto al tema de lo ambiental	1 Taller de sensibilización diseñado	Niños, niñas y jóvenes de Colombia

6. Impactos esperados a partir del uso de los resultados

La presente investigación pretende, que tanto la Educación Ambiental como los jóvenes a quienes les llegue el programa, reconozcan la importancia de las acciones sociales e individuales

en la transformación de la relación con el entorno. Para esto, se considera la propuesta educativa -taller experiencial-, como un vehículo para visibilizar los resultados, logrando así llevar a los jóvenes a vivenciar lo ambiental y a ser críticos y reflexivos sobre este tema. Asimismo, se espera que, además de aportar a la concientización de las dimensiones que debe tomar el tema de lo ambiental, se construya nuevo conocimiento que saldrá del diálogo abierto y participativo, en el que se valoren las opiniones de los jóvenes y se respeten sus puntos de vista, generando así un aprendizaje propicio, que fomente que luego ellos mismos sean los que propagan otros espacios para que su comunidad exponga, reflexione y proyecte nuevas alternativas de interactuar con el entorno biofísico, social, político y cultural.

Tabla 4. Impactos esperados

Impacto esperado	Plazo (años) después de finalizado el proyecto: corto (1-4), mediano (5-9), largo (10 o más)	Indicador verificable	Supuestos
Aportar una visión más integral a las discusiones que la comunidad académica, sobre todo lo involucrados en el campo de lo Educación Ambiental, sobre lo ambiental en la ruralidad.	Mediano	Socialización de la investigación en espacios académicos (foros, seminarios, paneles) y de divulgación científica.	La discusión académica sobre lo ambiental en la ruralidad es sumamente pertinente, pues la mayoría de las investigaciones se han dedicado a la reproducción de contenidos, sin ir más allá ni preguntarse el porqué de lo ambiental en la ruralidad, y no sólo como salvaguarda de los recursos de la sociedad capitalista.
Diseñar un taller de sensibilización que trabaje ello ambiental como potencial de Desarrollo Humano a fin de que sea implementada por niños, niñas y jóvenes en contexto rurales o urbanos.	Mediano	Se realizará en 5 Escuelas rurales de Antioquia este taller de sensibilización de lo ambiental, que estén construyendo su propia reflexión sobre las problemáticas ambientales.	- Instituciones interesadas en implementar los Talleres. - Los contenidos y diseños de los talleres deben estar adecuados a la población a la cual se espera llegar.

7. Referencias

- Aquileana. (2008). *Pierre Bourdieu: concepto de habitus. En la Audacia de Aquiles*. Recuperado de <http://aquileana.wordpress.com/2008/05/22/pierre-bourdieu-concepto-de-habitus/>
- Bárcena, F. y Melich, J. C. (2000). *La educación como acontecimiento ético: natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona, España: Paidós.
- Berger, P. L. y Luckmann, T. (1999). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Botero, P. y Alvarado, S. V. (2006). Niñez, ¿política? y cotidianidad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4(2). 1-23.
- Bourdieu, P. (1993). *El sentido práctico*. Madrid, España: Taurus
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Madrid, España. Siglo XXI.
- Calixto F. R. (2008). Representaciones sociales del medio ambiente. *Perfiles Educativos*, 60(120), 33 - 62.
- Caputo, L. (2001). *Identidades trastocadas de la Juventud Rural en contexto de exclusión*.

Ensayando una reflexión sobre la juventud campesina paraguaya. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Paraguay/base-is/20120911115138/Doc102.pdf>

Caride, J. A. (2006). Nombrar el desafío: El complejo territorio de las relaciones educación-ambiente-desarrollo. *Trayectorias*, VIII(20-21), 11-24

Descola, P. (2002). *Antropología de la Naturaleza*. Lima, Perú: Lluvia Editores.

Durston, J. (2000). *Juventud rural y desarrollo en América Latina. Estereotipos y realidades*. Santiago de Chile, Chile: Red Latinoamericana de Educación Rural. Recuperado de http://www.red-ler.org/juventud_rural_desarrolloAL.pdf

Foucault, M. (1999). *El Orden del discurso*. Barcelona, España: Tusquets.

Galeano, E. (2004). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín, Colombia: Universidad EAFIT.

González, G. E. (2001). Otra lectura a la historia de la Educación Ambiental en América Latina y el Caribe. *Desenvolvimento e meio ambiente*, (3), 141-158.

Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. (2000). *Jóvenes y nueva ruralidad: protagonistas actuales y potenciales del cambio*. Recuperado de <http://juventudruralemprendedora.procasur.org/wp-content/uploads/2013/08/Jovenes-y->

[Nueva-Ruralidad-Protagonistas-del-Cambio-IICA.pdf](#)

Instituto Mexicano de la Juventud, Centro de Investigación y Estudios sobre la Juventud. (1999).

Revista JOVENes, (9).

Jickling, B. (2006). Advertencia sostenida. Desarrollo sustentable en un mundo globalizador.

Revista Trayectorias, 7(21-22), 63-73 Recuperado de

<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60715248007>

Jurado, C. y Tobasura, I. (2012). Dilema de la juventud en territorios rurales de Colombia:

¿campo o ciudad? *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*,

10(1), 63-77.

Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos*. Argentina: Siglo XXI.

Leff, E. (1998) *Saber ambiental, sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. México:

Siglo XXI.

Leff, E. (2001). Espacio, lugar y tiempo. La reapropiación social de la naturaleza y la

construcción local de la racionalidad ambiental. *Nueva Sociedad*, (175), 28-42.

Leff, E., (2004). *Racionalidad ambiental, la reapropiación social de la naturaleza*. México:

Siglo XXI.

Leff, E. (2008). *Discursos sustentables*. México: Siglo XXI.

Leff, E. (2010). El desvanecimiento del sujeto y la reinención de las identidades colectivas en la era de la complejidad ambiental. *Polis Revista Latinoamericana*, (27), 1-32.

López, C. y Hernández U. (2009) *Diálogo entre saberes, ciencias e ideologías en torno a lo ambiental*. Recuperado de <http://media.utp.edu.co/centro-gestion-ambiental/archivos/dialogo-entre-saberes/dialogosdelsaber2.pdf>

Luna, M. T. (2006). *La intimidad y la experiencia en lo público*. (Tesis de doctorado). Universidad de Manizales-Cinde. Colombia, Manizales.

Meira, P. Á. (2006). Crisis ambiental y globalización: una lectura para educadores ambientales en un mundo insostenible. *Trayectorias*, VIII(20-21), 110-123

Ministerio de Educación Nacional. (1994). *Decreto 1743 de 1994*. Recuperado de www.mineducación.gov.co/1621/article-104167.html

Ministerio de Educación Nacional. (2002). *Política Nacional de Educación Ambiental*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Educación Nacional.

Muñoz, G. A. (2011). Análisis de la Política ambiental colombiana en la década 2000-2010.

Semestre Económico, 14(30), 121-134.

Noguera, A. P. (2004). *El reencantamiento del mundo. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente - PNUMA* -. Manizales, Colombia: Universidad Nacional de Colombia e IDEA.

Oliver, M. F. (2005). *Actitudes y percepción del medio ambiente en la juventud española*. Recuperado de http://www.mapama.gob.es/es/ceneam/recursos/documentos/actitudes-medio-ambiente-juventud-espanola_tcm7-271203.pdf

Paniagua, A. y Hoggart, K. (2002). Lo rural, ¿hechos, discursos o representaciones? una perspectiva geográfica de un debate clásico. *Globalización y mundo rural*, (803), 61-71.

Pérez, E. (2002). Hacia una nueva visión de lo rural. En N. Giarracca (Ed.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (pp. 17-29). Buenos Aires, Argentina: Clacso.

Pérez, L. N. (1993). *Lo rural y ruralidad, algunas reflexiones teórico metodológicas*. Recuperado de <http://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/054/LuzNereidaPerezPrado.pdf>

Rappaport, R. (s.f.). *Naturaleza, cultura y antropología ecológica*. Recuperado de <http://www.ecologiasocial.com/biblioteca/RappaportNaturalezaCultura.pdf>

- Reyes-García, V. y Martí, N. (2007). Etnoecología: punto de encuentro entre naturaleza y cultura. *Revista ecosistemas*, 16(3), 46-55.
- Romero, J. (2012). Lo rural y la ruralidad en américa latina: categorías conceptuales en debate. *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 11(1). Recuperado de <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/view/176/197>
- Santamarina, B. (2006). *Ecología y poder, el discurso medioambiental como mercancía*. Madrid, España: Catarata.
- Sauvé, L., Berryman, T. y Brunelle, R. (2008). Tres décadas de normatividad internacional para la educación ambiental, una crítica hermenéutica del discurso de Naciones Unidas. En E. J. González (Ed.), *Educación, medio ambiente y sustentabilidad* (pp. 25-51). México: Siglo XXI.
- Schutz, A. y Luckmann, T. (2003). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.
- Silva, N. E. (2009). Los labradores del azar. Un estudio sobre las representaciones y las dinámicas de la juventud rural. *Revista Maguaré*, (23), 471-509.
- Tetreault, D. V. (2008). Escuelas del pensamiento ecológico en las ciencias sociales. *Estudios sociales*, 16(32), 229-263. Recuperado de

<http://www.scielo.org.mx/pdf/estsoc/v16n32/v16n32a8.pdf>

Toledo, V. y Barrera-Bassols, N. (2009). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona, España: Icaria Editorial.

Ulloa, A. (2002). *De una naturaleza dual a la proliferación de sentido: la discusión antropológica en torno a la naturaleza, la ecología y el medio ambiente*. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/53065/37/958818102X.capitulo6.pdf>

Villegas, M. M. y González, F. E. (2011). La investigación cualitativa de la vida cotidiana: medio para la construcción de conocimiento sobre lo social a partir de lo individual. *Psicoperspectivas: individuo y sociedad*, 10(2), 35-59.

**El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de
Antioquia**

Investigadores

Elkin López Correa

Silvia Liliana Londoño Castaño

Asesora

Yolanda Pino Rúa

Maestría en Educación y Desarrollo Humano

Convenio CINDE – Universidad de Manizales

Medellín

2016

Resumen técnico

Descripción del problema

Colombia es un país urbano, la población que habita los centros poblados casi triplica a la que habita en las zonas rurales; el 32% de los habitantes están en las zonas rurales que comprenden el 94% del total del territorio nacional, según la Misión para la Transformación del Campo. La falta de servicios básicos de salud, educación, saneamiento básico y agua potable, electricidad, además la presencia de minería, cultivos ilícitos y fenómenos de violencia, agravan la situación; lo que, sumado a la marginalidad y dispersión en el territorio, hace a los habitantes de la ruralidad una población vulnerable.

En este mar de incertidumbre que agobia el campo colombiano se encuentra inmerso un grupo poblacional de gran importancia: los jóvenes, los cuales representan, en proyecciones para el 2013, realizadas por el Sistema Nacional de Información en Juventud y Adolescencia en Colombia, (12'571'280) doce millones quinientos setenta y un mil doscientos ochenta habitantes en Colombia (DNP, 2014). De este global de la población, nuestro interés se centra en la población juvenil rural. Inmersos en la ruralidad los jóvenes son conocedores del territorio que habitan y viven día a día, y en que tienen esperanzas para no tener que migrar hacia los centros poblados.

Así las cosas, el propósito de la investigación fue escuchar a 5 jóvenes habitantes del contexto rural del Departamento de Antioquia, y comprender sí en sus narraciones emergía el saber

ambiental como acontecimiento vital, logrando así identificar que los jóvenes han construido, a lo largo de sus vidas, un conocimiento de lo ambiental, a través de las prácticas que tienen con el ambiente y la relación profunda que han establecido con su territorio.

Este proceso investigativo permitió comprender, en las narraciones, las historias de vida de los jóvenes desde *el mundo de la vida cotidiana* (Schutz y Luckmann, 2003) el carácter histórico de la producción y la reproducción social (relaciones, visiones, rutinas, temporalidades, sentidos, significados) que favorecen la comprensión de lo ambiental.

De esta manera, se generó un acercamiento al criterio de *sustentabilidad* (en contraste con el de *sostenibilidad*), desprendido de un sujeto-sujetado, que busca anclarse en un colectivo, en la hibridación y en las identidades que permitan penetrar en el sentido de la diferencia, de la alteridad (Noguera, 2004, p. 148), de la diversidad que se construye a partir de saberes y prácticas que no responden a una ecologización -cultura verde-, sino a la apertura de estrategias alternativas de apropiación de la naturaleza en la construcción de un mundo sustentable de vida (Leff, 2008, p. 88).

La preocupación por el medio ambiente y por los límites de la intervención humana a escala planetaria en una *crisis civilizatoria* (Leff, 2010, p. 81) ha producido un sentimiento de desconfianza creciente contra los proyectos que las instituciones modernas han emprendido durante los últimos años, en el marco de políticas neoliberales y discursos como el desarrollo sostenible. Las problemáticas ambientales de esta crisis se han manifestado en las esferas sociales, académicas, políticas y económicas en la actualidad.

La gran mayoría de los discursos ideológicos, teóricos y académicos de lo ambiental, que se reproducen hoy día, vienen adaptados por la institucionalidad, y no representan el pensamiento y los saberes de los ciudadanos, desconociendo de tajo el acumulado cultural y las formas de vida de las comunidades rurales. Los habitantes de la ruralidad, también construyen comprensiones y acumulan saberes sobre lo ambiental, a partir de sus relaciones con el territorio, con la naturaleza y con la sociedad. En este sentido, Leff (2004) afirma que “el saber ambiental no emerge de la profundidad de las ciencias para volver a sumergirse y a disolverse en la racionalidad teórica y los paradigmas prevalecientes de conocimiento” (p. 254); se subraya la importancia de construir saberes desde lo local más allá de una construcción epistemológica y teórica, distinta a la racionalidad y el positivismo dominante en la ciencia de occidente.

Resulta interesante abordar desde el sujeto la relación juventud-ambiente-ruralidad, por considerar que ha sido poco explorada ya que la mayoría de las investigaciones revisadas se centran en problematizar la crisis ambiental, a partir de corrientes que responden a discursos hegemónicos, y muy pocas conducen a presentar, de manera categórica, a los jóvenes como actores que intervienen y construye su saber.

En síntesis, la propuesta de investigación parte de la pregunta *¿Cómo en las narraciones de los jóvenes rurales, el saber ambiental emerge como acontecimientos vitales?*, se considera que las comunidades, en especial las del campo, poseen un saber ambiental que no es más que “el conocimiento desde nuevas visiones, potencialidades (...) construido por significados elaborados a través de procesos simbólicos que configuran estilos” (Leff, 2001, p. 34). La respuesta a la

pregunta se buscó a partir de las narraciones de los jóvenes, lo que permitió avanzar, retroceder y hacer nuevas preguntas sobre la construcción del saber ambiental en sus contextos rurales; y como lo expresó Michel Foucault (como se citó en Caride, 2006) “los conocimientos y, con ellos, las palabras que los nombran y transmiten, acaban construyendo una historia que no es la de su perfección creciente, sino la de sus condiciones de posibilidad” (p. 11).

Si bien los temas ambientales, rurales y juveniles han sido de amplio estudio desde las ciencias ambientales y sociales, no se encontraron mayores antecedentes en el trabajo investigativo que relaciona a los jóvenes habitantes de la ruralidad con su saber ambiental y mucho menos desde sus narraciones. A continuación, se señalan algunos de los estudios encontrados que abordan el tema de la juventud rural y que aportaron a la construcción de la presente investigación.

Los labradores del azar, un estudio sobre las representaciones y las dinámicas de la juventud rural (Silva, 2009); Identidades trastocadas de la Juventud Rural en contexto de exclusión. Ensayando una reflexión sobre la juventud campesina paraguaya (Caputo, 2001); Jóvenes y nueva ruralidad: protagonistas actuales y potenciales del cambio (Instituto Interamericano de cooperación para la agricultura, 2000); Actitudes y percepción del medio ambiente en la juventud española (Oliver, 2005); y Dilema de la juventud en territorios rurales de Colombia: ¿campo o ciudad? (Jurado y Tobasura, 2012).

Si bien estos trabajos acercaron a investigaciones realizadas con jóvenes en los contextos rurales, no se identificó en la búsqueda de antecedentes un trabajo que relacione, de forma

directa, la triada juventud-ruralidad-saber ambiental, que se desarrollara en la presente investigación.

Ruta conceptual

Tres elementos conceptuales se toman como ejes de trabajo: el ambiente, la ruralidad y la juventud. Es importante mencionar que son tres conceptos amplios, y que desde el punto de vista de las ciencias sociales existen múltiples definiciones, constituyéndose en elementos emergentes que están en continua construcción desde su propia episteme. Considerando la trama crítica de la relación ambiente, ruralidad y juventud es relativamente pequeño y débil el cuerpo de conocimiento teórico y práctico sobre el tema.

Ambiente

Desde la Política Nacional de Educación Ambiental, ambiente se entiende como el entramado de relaciones de interdependencia del individuo con su entorno, a partir del conocimiento reflexivo y crítico de su realidad biofísica, social, política, económica y cultural (Ministerio de Educación, 2002, p. 33). Noguera (2004), por su parte, amplía esta definición trascendiendo la mirada naturalista y exclusivamente antropocentrista, incluyendo a las dimensiones física, biológica y social, una ética del ser, como una manera de comprender la propia vida (p. 17). Desde esa perspectiva, el ambiente transforma las ciencias y genera un proceso de ambientalización interdisciplinaria del saber (Leff, 1998, p. 125).

Por su parte, Descola (2003) considera que la noción de ambiente se convierte en un objeto legítimo de investigación ya que busca orientar el análisis hacia un horizonte analítico, desprovisto de aporías de dualismo. Es decir, lo ambiental como un nuevo entendimiento, el cual fundamenta “la naturaleza/cultura como interdependiente e interactiva en la cual ambas son afectadas recíprocamente” (Ulloa, 2002, p. 150).

Lo ambiental “desplaza la relación de identidad entre el concepto y la cosa a la relación del ser con el saber, del yo con el Otro, del ser con su alteridad” (Leff, 2010, p. 14), sin caer en la reducción del conocimiento a una relación del medio ambiente con prácticas de subsistencia; más bien, en que en ellas se conjugan saberes, ideologías y discursos que se construyen y que son susceptibles de seguir transformándose, porque las prácticas y conocimientos, además de responder a las tradiciones locales y el contexto, también responden a discursos institucionales y mediáticos. En contraste, lo que se promueve con este cambio de visión, es construir una relación entre ser y saber, diferente de las relaciones dualistas del racionalismo dominante en las ciencias sociales.

Enrique Leff sostiene que la racionalidad de las ciencias ha sido desbordada por las problemáticas ambientales, y la sociedad ha necesitado irrumpir en la saturación de la racionalización de la modernidad, al instaurar un saber ambiental que “es sobre todo la reconstrucción del conocimiento desde nuevas visiones, potencialidades (...) y no es la sumisión de particularidades locales a racionalidades universales” (Leff, 2004, p. 34). Se apuesta por encontrar actores sociales que hayan construido una nueva racionalidad productiva, basada en las potencialidades ecológicas y los significados culturales.

Lo ambiental será la entrada para iniciar la deconstrucción de la categoría de sujeto, anclado en la epistemología moderna, que aunque ha buscado formas de resurgir, sigue encadenado a los dualismos de una ciencia progresista que se considera a sí misma el centro del conocimiento. Lo ambiental es una invitación a re-definir qué es estar en el mundo, qué hacer ante una crisis ambiental, la cual no es otra cosa que una crisis del conocimiento de la racionalidad moderna (Leff, 2010, p. 3).

De esta manera, lo ambiental es una categoría que no solo apela a la subjetividad individual, sino que necesita la emergencia del ser en lo colectivo, que tiene un permanente diálogo de saberes, que siente que es mejor estar en grupo que solo, al develar que la naturaleza no es algo externo, sino que está entrelazada con la cultura. Para concluir, se afirma que lo ambiental es una categoría que no busca en el orden social las respuestas (porque no las busca), sino seguir dando pistas de cómo superar la crisis de la racionalidad moderna.

Ruralidad

Según Pérez Prado (1993), la ruralidad es una “construcción social; una dimensión histórica de la confluencia de fuerzas sociales en la esfera local, regional, nacional y, de forma creciente, por acontecimientos que trascienden las fronteras nacionales” (p. 15).

El concepto de ruralidad ha sido ampliamente cuestionado durante mucho tiempo, sobre todo por sus múltiples enfoques, que van desde lo económico a lo sociológico, pasando por lo

geográfico; algunos críticos consideran que es más un adjetivo que un sustantivo (Paniagua y Hoggart, 2002, p. 1).

Desde finales del siglo XIX algunos teóricos como Marx, Weber y Durkheim han visibilizado lo rural de diferentes maneras. Por ejemplo, Romero (2012), indica que “la sociedad rural fuera considerada atrasada y condenada a las transformaciones materiales y culturales que tenían como centro la ciudad industrial, era interpretada como receptiva a los cambios originados en la ciudad y en la sociedad industrial” (párr. 8). Por su parte, Marx y Weber, describen lo rural como lo pre-capitalista, presentando los cambios socioeconómicos y culturales como medio para llegar a lo industrial.

Hacia los años treinta del siglo XX, las preocupaciones de los teóricos sociales se centran en los cambios de la sociedad, en el modelo del fordismo y en la producción en masa, los cuales rompen con una tradición de gente trabajadora, donde se evidencia al campesino y su hábitat como la polarización de lo urbano.

Existe un gran interés por saber qué hay en la ruralidad, qué diferencia y qué semejanzas tiene con lo urbano. Uno de los temas que más se trabaja es la de densidad poblacional; a menor densidad se es más rural; saber cuántos habitantes por metro cuadrado era la media para identificar lo rural. Otras escalas son la productividad y la capacidad de subsistencia, siendo la agricultura su mayor fuente de ingresos y reconocimiento. Para completar esta idea, se concibe también la distancia como un asunto relevante con lo rural, pues la lejanía responde a la capacidad de conservación de unas tradiciones distintas a las de la urbe y de diferenciación de

dos lugares opuestos.

En la actualidad el mayor reto de las políticas neoliberales es que la ruralidad pueda estar acorde a las pretensiones de la globalización y sus dinámicas, el desarrollo sostenible. El mundo rural, como lo presenta Pérez (2002), está en crisis, “pues aun no comprende su papel actual y sus nuevas funciones, y así no sólo pierde su identidad sino también su población, sus modelos de organización y muchas de sus actividades” (p. 14).

En general lo rural ha sido visto como la salvaguarda de lo urbano; sí antes debía salvaguardar la despensa, ahora debe proteger al ambiente de la crisis producida y acelerada por la producción industrial, la minería o el aumento de la temperatura.

Para concluir esta idea, sobre una ruralidad rica en prácticas y formas culturales de desenvolvimiento, Leff (2001) señala que:

En las áreas rurales del tercer mundo, las prácticas sociales y productivas están íntimamente asociadas a valores y procesos simbólicos que organizan formaciones culturales y permiten la apropiación social y la transformación del medio ambiente. La organización cultural regula el uso de recursos para satisfacer las necesidades de sus miembros. A través de procesos simbólicos se configuran mecanismos culturales que norman el acceso social a la naturaleza, dan forma al desarrollo tecnológico y regulan los ritos de extracción y transformación de los recursos. (p. 31).

Aunque no existe una definición única de ruralidad, y se ha escudado a lo largo de la historia

como lo opuesto a lo urbano, para seguir una ruta clara y delimitada para esta investigación los autores entenderán por ruralidad:

La relación que existe entre un habitante de una zona rural con el entorno natural, genera unas prácticas particulares en su economía, en el entendimiento del espacio-tiempo y culturales alrededor de valores y simbolismos tradicionales presentes o ausentes en el territorio.

Juventud

Los grandes estudios en juventud se centran en los jóvenes urbanos; con ellos se ha hecho una categorización acerca de sus particularidades como grupo poblacional que participa activamente en el desarrollo de sus territorios. Esto ha generado que los estereotipos por los cuales se caracteriza a los jóvenes actuales sean contruidos a partir de estudios en zonas urbanas y se piense de manera errónea que la diversidad juvenil se encuentra en las urbes, clasificando a los jóvenes rurales en una sola categoría

(...) hay un muy difundido estereotipo del joven rural: ‘un muchacho campesino de 16 años analfabeto funcional, que ya se casó, ya tiene hijos y trabaja en la agricultura familiar de subsistencia’. Este estereotipo parece estar implícita en muchas de las reflexiones y propuestas poco concretas que se hacen relativas a la juventud rural. Es obvio que no corresponde a todos los jóvenes rurales; pero ni siquiera se acerca a un promedio de ellos. (Durstón, 2000, p. 4).

Aparte de estas condiciones, los asuntos globalizantes, la restricción a la tecnología y la necesidad de acceder al conocimiento, hacen que los jóvenes tengan que asumir grandes retos en sus contextos locales. En general, los jóvenes, como la categoría que conocemos hoy día, poseen una conexión con lo ambiental y una gran capacidad de comprender el entramado de relaciones que se tejen entre la vida, la sociedad y el territorio. Así mismo, están dispuestos a plantear alternativas de solución, como actores sociales, a las problemáticas ambientales locales y globales.

El mayor reto es “configurar unos mínimos que permitan la convivencia en medio de la pluralidad de intereses y necesidades en conflicto” (Botero y Alvarado, 2006, p. 5), pues la subjetividad política no es sólo una construcción que se amplía en la medida de nuestra madurez biológica, sino que es una apuesta que conlleva diferentes formas de expresión, de acción en lo público y participación que se pueden fomentar, desde una edad temprana, a través de una formación ciudadana crítica.

Con ánimo de ampliar los conceptos acá presentados los investigadores presentarán los siguientes artículos: “Qué sabe el saber ambiental: territorio rural y educación ambiental” (López 2016) y “Habitar la ruralidad: una relación con el saber ambiental” (Londoño, 2016). Estos artículos hacen parte de los anexos de este informe.

a) Presupuestos epistemológicos

El estudio fue realizado con un enfoque cualitativo, teniendo en cuenta las posibilidades que

abre el horizonte para interpretar y comprender, es decir, una investigación que al “construir datos que al ser procesados, habrán de articularse en nuevas narrativas, discursos y textos” (Luna, 2006, p. 15), y como lo referencia Galeano (2004) es un retorno al sujeto con sus múltiples dimensiones, que ofrece esta mirada en la comprensión del mundo subjetivo de los y las jóvenes rurales.

El análisis cualitativo permitió construir una ruta metodológica que se nutrió de las interpretaciones y recursos instrumentales, en este caso, se utilizó la perspectiva de las narrativas en sus relatos de vida, para acceder a sus experiencias. Siguiendo las ideas de Bolívar y Segovia (2006), resulta más adecuado el uso del concepto enfoque biográfico-narrativo o simplemente enfoque narrativo (párr. 1).

Las narraciones desde un enfoque interpretativo-hermenéutico, en tanto trabaja con las interpretaciones que hace el narrador de su propia vida y con las interpretaciones que hace el investigador sobre sus relatos, permitieron descubrir cómo el joven se ha relacionado con la naturaleza en su vida cotidiana, y así entrar en el mundo de los significados y del saber práctico, en relación con el saber ambiental.

Si bien en el inicio de la investigación se intenciona como método las historias de vida, estas se refieren al estudio de caso sobre una persona determinada, incluyendo no sólo su propio relato, sino también otras fuentes (su historia clínica, su expediente judicial, los testimonios de allegados, entre otros) (Galeano, 2004). “En la historia de vida se entrelaza el tiempo individual con el tiempo social relacionando elementos biográficos con elementos históricos sociales

recorridos por el sujeto en su ciclo vital, individual o familiar” (Galeano y Vélez, como se citó en Galeano 2004). No obstante, por la riqueza que produjo los relatos de vida de los cinco jóvenes que participaron de esta investigación, el presente estudio utilizó relatos de vida, en los que interesó rescatar el sentido que han tenido para los jóvenes sus propias experiencias, sin realizar una verificación objetiva de lo narrado.

Como los expresa Cornejo, Mendoza y Rojas (2008) en los relatos de vida emergen las interpretaciones que el narrador hace de su propia vida (p. 31), que luego serán interpretadas en un segundo nivel por el investigador, permitiendo un enfoque *hermenéutico*. Conjuntamente, estos autores proponen que otras de las premisas de este método es la *existencial*, que fue fundamental para el análisis, ya que se entiende como la dimensión ética, ya que al narrar su historia, aunque los hechos no se pueden cambiar, si se pueden cambiar la lectura, la responsabilidad y la posición que tomó sobre ellos. En palabras de estos autores “la producción de un relato de vida es capaz de generar efectos en el narrador, permitiendo significar, resignificar y dar sentido a la experiencia, con las implicaciones existenciales que eso conlleva” (Cornejo et al., 2008, p. 31).

El método de relatos de vida, ayudó a construir un horizonte de interpretación que permitiera ampliar la mirada sobre el mundo de la vida de los jóvenes, y en la medida de lo posible comprender las realidades en su territorio.

Fue así como las narraciones de ellos se convirtieron en la oportunidad para comprender cómo la ruralidad, como territorio, les permite la emergencia de los rasgos que los caracteriza como

sujeto ecológico.

b) Metodología

Participantes

Para el desarrollo de la investigación “El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia”, se realizó una búsqueda con los contactos que teníamos por nuestra profesión y organizaciones juveniles del Departamento de Antioquia. A partir de un rastreo telefónico se inició una búsqueda de jóvenes que compartieran criterios de interés y la disponibilidad a participar; además, que fueran jóvenes con liderazgo en temas ambientales en sus comunidades.

Después de hacer un primer sondeo telefónico con los jóvenes participantes, se acordó mutuamente una visita en su vivienda para tener una observación y descripción de la realidad; además que ellos se sintieran cómodos a la hora de relatar sus vidas.

Los participantes en la investigación fueron debidamente informados sobre el sentido de la investigación, las implicaciones de su participación, las razones de su selección, el carácter confidencial y anónimo de sus relatos, el uso que se daría a la información producida y la libertad de suspender su participación cuando lo consideraran necesario.

Criterios de Interés

Los participantes en la investigación fueron cinco (5) jóvenes entre los 14 y 24 años, hombres y mujeres, líderes juveniles ambientales, habitantes de zonas rurales del Departamento de Antioquia, cada uno de ellos pertenecientes a municipios de las siguientes subregiones, Urabá, Suroeste, Norte, Occidente y Nordeste; con el fin de representar la diversidad del Departamento, y al mismo tiempo tener la oportunidad de analizar cómo diferentes contextos geográficos posibilitan escenarios para que los jóvenes narren lo ambiental.

Técnicas e instrumentos

a. Exploración

Para la exploración se realizó primero un acercamiento al contexto etnográfico de los jóvenes a entrevistar. Se visitó con antelación el municipio donde viven para describir los sucesos que pasan en su presente inmediato, a través de entrevistas abiertas a ellos y a sus familias.

b. Conversaciones grabadas

Se invitó a los jóvenes que contarán su historia de vida, dándoles la libertad para que narraran su vida, y solo se realizaron intervenciones cuando alguna historia se leía un hecho marcador o un acontecimiento alrededor del tema ambiental; estas fueron grabadas en su totalidad.

Los encuentros conversacionales se realizaron en diferentes momentos en una sola visita.

Como el fin era que los jóvenes se sintieran tranquilos, se tomó la decisión de compartir varios días y noches en su hogar, lo que posibilitó en cada encuentro conversacional una mayor confianza por parte del narrador.

El intervalo entre los encuentros y la duración de los mismos se sujetaron a las características particulares de la interacción establecida en cada caso; sin embargo, los encuentros en estos espacios privados (hogar) posibilitaron la comunicación y la comprensión de sus experiencias.

Análisis de la información

a) Transcripción de las narraciones

Las conversaciones realizadas se transcribieron en su totalidad para evidenciar con mayor detenimiento la aparición de los temas más relevantes, en relación con los objetivos propuestos. Las transcripciones exponen literalmente las palabras y expresiones de los jóvenes; allí no hay una dimensión del investigador editor.

b) Lectura detallada en búsqueda de códigos que sean recurrentes en los textos

Después de realizar las transcripciones de los relatos de los jóvenes, se procedió a realizar una primera lectura, individual y luego colectiva, para identificar y señalar rasgos emergentes en las narraciones, en relación con el supuesto teórico de ruralidad y saber ambiental. Una vez identificados estos apartados narrativos se realizó la primera matriz de análisis general, sin

señalar temáticas transversales. Una vez configurada la matriz comenzaron a emerger ejes temáticos que permitieron una nueva lectura reflexiva para establecer relaciones y transversalizaciones; de esta manera construir algunas ideas y temas relevantes que, a manera de unidades de sentido, fueron definiendo la ruta de interpretación para nuevos hallazgos.

c) Análisis para una categorización

A continuación, como segundo nivel de análisis se imprimieron los enunciados narrativos identificados en la primera matriz; donde emergieron los siguientes ejes temáticos:

- Morar
- Saberes y prácticas desde el territorio
- Lúdica y juego
- Persona influyente
- Ciudad/ruralidad

A partir de la agrupación de estos temas, se hizo un tejido transversal, una urdimbre y trama, lo cual permitió comprender algunos patrones, y establecer cómo los jóvenes manifiestan relaciones con su territorio, lo que llevó a definir la categoría principal para comprender el saber ambiental de los jóvenes: Habitar con arraigo. Resultado de las relaciones entre los referentes teóricos y los presupuestos epistemológicos, y la manera como los jóvenes se expresan desde un nosotros.

Es importante precisar que los ejes temáticos son elementos que contribuyen al engranaje de

la categoría, pero no se adentraron a profundizar. No obstante, su insumo será utilizado para futuras investigaciones.

Consideraciones éticas

La investigación desarrollada tenía como participantes cuatro, de los cinco jóvenes, son menores de edad, por ello, antes de las visitas se realizó un consentimiento informado a ellos, con los padres de familias presentes, informándoles el propósito de dichas grabaciones y qué se iba a realizar con el contenido del mismo.

Además se garantizó la confidencialidad, se dio retroalimentación constante a los participantes, se recibió el consentimiento para utilizar la información que suministraban y sus nombres; sin embargo, por respeto los fragmentos narrativos utilizados en los artículos se cambiaron sus nombres para proteger su identidad.

Principales hallazgos y conclusiones

Si bien los temas ambientales, rurales y juveniles han sido de amplio estudio desde las ciencias ambientales y sociales, no se encontraron mayores antecedentes de trabajo investigativo que establezca una relación desde las narraciones de los jóvenes que habitan la ruralidad con su saber ambiental.

Retomando a Enrique Leff (2004), para quien “el saber ambiental no emerge de la

profundidad de las ciencias para volver a sumergirse y a disolverse en la racionalidad teórica y los paradigmas prevalecientes de conocimiento” (254), y subrayando la importancia de construir saberes desde lo local, desde epistemologías y teorías distintas a la racionalidad y el positivismo dominante en la ciencia de occidente, se planteó la triada ruralidad-jóvenes-saber ambiental.

Así las cosas, fue la categoría habitar con arraigo y su relación con el territorio, la que develó la profunda relación de estos con su territorio. Por último, se concluirá dándole un papel importante a la educación ambiental como punto de convergencia y emergencia del saber ambiental en los jóvenes habitantes de la ruralidad.

Del sujeto político y el saber ambiental

Pensar en la ruralidad incluye a los jóvenes; la juventud se convierte en un grupo poblacional estratégico, portador de conocimientos y sobre quienes recae la responsabilidad de la permanencia de la cultura campesina. La interpretación de ese saber ambiental hace necesarias la interdisciplina, el diálogo de saberes y la transdisciplina (Ángel et al. como se citó en Noguera, 2004, p. 108).

El trabajar con los jóvenes en sus propios territorios, escucharlos y analizar lo que quieren decir, permitió la emergencia de una triada que combina el ser joven, habitar la ruralidad y poseer un saber ambiental. Esta triada hace emerger un sujeto ecológico que rompe la racionalidad de la modernidad y se transforma hacia un ser racional ambiental; en otras palabras, un sujeto ecológico que no solo porta, también construye un saber ambiental. “(...) el saber

ambiental hace hablar a las verdades silenciadas, los saberes subyugados, las palabras acalladas, y a lo real sometidos bajo el poder de la objetivación cientificista del mundo” (Leff, 1998, p. 128).

Los jóvenes dejan ver una responsabilidad reflexiva que en el marco de la alteridad rompe la mirada utilitarista y cosificada de la naturaleza; como se comprende en la siguiente narración de unos de los jóvenes, que para proteger sus nombres los seguiremos nombrando con una letra:

“Una vez el año antepasado, estaban diciendo que iban a privatizar el agua y como yo canto, canta mi hermano y a mí me gusta expresar por medio de la música, expresar lo que siento, entonces ahí sacamos canciones como eeh, el agua y el rio, son dos canciones diferentes, entonces les decimos –con que nos bañamos, con agua, y con que nos bautizan, con agua, y con que nanarana, con agua- entonces esa canción” J.

Para Noguera (2004),

La alteridad ha ido penetrando en los intrincados nudos de la vida cotidiana y ha ido adquiriendo una inmensa importancia en temas como la «sostenibilidad», lo urbano, lo rural y lo agrario, las formas de vida, la diversidad étnica y cultural, y la biodiversidad. (p. 87).

Lo anterior, lo evidencian los jóvenes, al mostrar la relación compleja la cultura a la naturaleza

“La fe, vereda que dicen que le tiene mucha fe porque pocos bajan, es muy lejos, pues dicen que es muy lejos aunque yo ya me acostumbré a bajarla así normal y a subirla...ahí vivimos, mis papas viven desde que nacieron viven ahí, la casa en que vivimos la construyeron mis abuelos, los también viven en otra casita más abajito viven mis abuelos mis tíos” D

Los jóvenes buscan y construyen una nueva racionalidad social y productiva que se convierte poco a poco en una salida alternativa a la crisis de la civilización.

"(...) a mí ya esto me tiene muy, o sea vocacionalmente lo siento en el alma y el corazón en cuanto al cuidado del medio ambiente más que todo uno se va enfocando en eso, ya uno va teniendo en cuenta el daño que se está haciendo al ambiente ya sea por las minas, por otras tendencias, por las quemas y por las basuras, por lo particularmente esas vegas [las] gestionaron para explotarlas como minas. Pero yo estuve averiguando como pues calladamente como romper ese lazo para evitar eso, es que eso ha sido un centro turístico toda la vida" A

Sus reflexiones reflejan una cotidianidad que los enriquece, y lejos de sentirse oprimidos o con necesidades de cambiar a otro lugar, sienten que pueden aportar y ofrecer, a partir de sus prácticas y experiencias, oportunidades de desarrollo, teniendo presente que deben ser reforzadas o confrontadas por un saber tradicional.

El saber ambiental lleva a un diálogo y amalgama de saberes, desde los niveles más altos de abstracción conceptual, hasta los niveles del saber práctico y cotidiano donde se

expresan sus estrategias y prácticas. En la convergencia de estos procesos, encrucijada de la recomposición del conocimiento, el saber ambiental lleva la marca de la diferencia. (...) Allí se enlaza una nueva ética y una nueva episteme donde se forja una nueva racionalidad y se constituyen nuevas subjetividades. (Leff, 1998, p. 130).

Hay una responsabilidad e interés por lo que pasa con ellos mismos, con el otro y con lo otro, así como la consecuencia de las acciones con el entorno

“hacemos el bachillerato y ya nos vamos a estudiar a otra parte y ya como que nos olvidamos del pueblo, entonces me gustaría pues, como decir, que yo quiero estudiar algo así como veterinaria o algo del ambiente, o sea como que desarrollar eso en el municipio, e implementarlo en el municipio es algo que no se ve, entonces como traer nuevos ideales en el municipio, trabajar con el ambiente, con los animales o sea todo así que es como lo que me llama la atención, entonces traerlo al municipio” C.

Se declaran así, responsables de lo que pueda suceder con el pueblo, con la comunidad y con su morada. Se constituye una ética como un propósito de convivencia, en el respeto mutuo y la libertad de poder encontrarse en la diferencia para llegar a acuerdos juntos, un pertenecer y permanecer en la cultura, de la memoria colectiva, del saber que se defiende, transmite, pero también crea y recrea en torno al bienestar colectivo.

En las narraciones de los jóvenes está presente la multicausalidad y las relaciones de interdependencia de los procesos naturales y sociales que determinan, condicionan y afectan los cambios socioambientales, así como el construir una racionalidad productiva fundada en los

principios del desarrollo sustentable (Leff, 2004, p. 177).

De esta forma, los jóvenes narraron sus experiencias a través de “el habitar la ruralidad”; la pretensión nunca fue construir una idea de sujeto ideal, o que esto lo ubique en el pensamiento social como un sujeto ideal tal, como aquel que es joven y habita las zonas rurales del Departamento de Antioquia.

El habitar con arraigo: la relación con el territorio

Aunque es importante considerar como lo define Elizalde y Thayer (2013) que en los últimos cincuenta años la ruralidad ha tratado de ser definida, sin embargo, al tener connotaciones objetivas y subjetivas está en constante movimiento, lo que implica un gran desafío para los que tratamos de definir y comprender lo rural (párr.. 2).

Al detenernos en la ruralidad como territorio, encontramos importante reconocer cómo este se evidencia en las narraciones como un territorio multidimensional, donde los jóvenes se identifican, como lo señala Nates (2010), en parte con una “relación a priori, emocional, pre-social con la tierra” y a su vez el territorio que participa en el orden de representaciones colectivas, cultural y sociales (p. 212).

La ruralidad como territorio tiene una fuerte gramática centrada en la toma de conciencia del sí, del ser y del tener (Nates, 2010, p. 218), como también lo argumenta Heidegger (1951), el territorio permite como *ser* en el mundo (p. 2). Visto así, la constitución tripartita entorno

natural-espacio-cultura, permite un modo de vida pero no el único en la zona rural, además, el solo morar allí no constituye por sí solo la transformación del sujeto en un ser identitario, entraña pues una nueva relación del ser con la conciencia de sí (Leff, 2010, p. 25); para ello, es necesario asumir que “Los mortales habitan en la medida en que reciben el cielo como cielo, en la medida que dejan al sol y a la luna seguir su viaje, a las estrellas su ruta, a las estaciones del año su bendición y su injuria; en la medida que no convierten la noche en día, ni hacen del día una carrera sin reposo” (Heidegger, 1951, p. 3).

Habitar, significa más que vivir en un lugar, es *estar con* la tierra, ubicarse en un espacio, pero al mismo tiempo cuidar de él y sentir una conexión que va más allá del cuerpo, estar arraigado. En las narraciones de los jóvenes se puede comprender que habitar el territorio rural se convierte en la manera de estar con el mundo, de resignificar lo que ven, de reflexionar sobre la realidad que les pasa y les genera preguntas; son jóvenes que buscan un estar allí. Cabe resaltar que aunque no se había propuesto trabajar el concepto del arraigo, se encuentra que el vínculo de los jóvenes con el territorio está basado a vincularse en su espacio y tiempo vital, a su semejante próximo y a los principios o valores vigentes en la comunidad que habitan.

Para Mihura, Vallega, y Orfali (2003) el arraigo es:

Es un valor que posee tres partes constitutivas interdependientes –cada una de ellas repercute en las restantes–: una espacial, una social y una cultural. El arraigo espacial hace que el hombre desee establecerse –afincarse localmente en un espacio que lo conforma en su uniformidad. Social porque el hombre, como ser social por naturaleza,

requiere relacionarse con otros hombres, formar parte de grupos sociales (...) Y por último, cultural porque para el hombre es importante poder creer – coincidir- con los valores, principios y normas vigentes en la comunidad que integra. (p. 7).

Como puede verse, aunque el arraigo es el modo de habitar, estar arraigado en la ruralidad es de alguna forma estar doblemente conectado a la tierra, que lo lleva a una postura política que, además, se hace en un sentido colectivo, más allá de simplemente él mismo. Esta postura considera el Centro-Periferia, expuesto por Nates (2010, p. 2018), donde el centro es el dominante y la periferia la subordinada; este último, la ruralidad, la que históricamente ha sido leída como “La ruralidad”, es la otredad colonizada por la idea imperial de la urbe. Una magnificencia no interrogada, impuesta por la subjetividad de la ciudad centro del mundo, de la circulación de todo, del poder de todo, de la supremacía poblacional.

En este sentido, los jóvenes trascienden esta distinción. La ciudad no es el único mundo posible, es más, ahora se torna cuestionable, se deshonra en su desastre, en los sueños incumplidos y en sus derivaciones sofocadas, violentas, intranquilas y, además, cobran por ello, se tiene que pagar por todo, por absolutamente todo, se tiene que garantizar un valor de cambio, no hay solidaridad, cooperación, hermandad.

Segregación instituida por dicha idea colonizadora que condena al otro a la incapacidad de representarse a sí mismo, o a la necesidad de negarse, de replegarse sin hacerse notar, sin que nadie se percate de su presencia, de su cosmovisión, de sus derechos y dignidad. El otro es así reducido a la categoría de objeto sin voz, sin existencia, sin derechos.

Los jóvenes muestran la respuesta a dicha discriminación a través los argumentos que defienden su nicho sociocultural. Sin embargo, se devela la doble condición, la libertad en su identificación rural y la innegable segregación en el espejo de la urbe.

Hoy se abren nuevos temas de investigación desde las diferentes disciplinas para comprender la complejidad de lo rural, de lo juvenil, y por tanto de lo ambiental. La inclusión de los jóvenes en las discusiones del desarrollo ambiental rural y de los programas de educación ambiental, que desde todos los estamentos públicos y privados del país deben tener en cuenta que la gestión ambiental local parte del saber ambiental de las comunidades, donde se funde la conciencia de su medio, el saber sobre las propiedades y las formas de manejo sustentable de sus recursos, con sus formaciones simbólicas y el sentido de sus prácticas sociales, donde se integran diversos procesos en el intercambio de saberes sobre el ambiente, pero también sobre la juventud, lo rural y lo urbano.

El lugar de la educación ambiental en la ruralidad

Desde la institucionalidad pública y privada, y desde los medios de comunicación, la crisis ambiental ha sido cargada de retórica, alternativas de solución reduccionistas y miradas apocalípticas; siendo estas últimas, incluso, apoyadas y reproducidas por muchos de los denominados colectivos ambientales y por los medios de comunicación.

La triada juventud-ruralidad-saber ambiental, se define cuando al inicio de la investigación se

plantea el cuestionamiento por el lugar de la educación ambiental en la ruralidad y cómo su quehacer queda reducido a un currículum clásico y neutral ante conflictos vitales y cruciales como el de la situación de crisis económica del mundo actual; las pandemias mundiales, las catástrofes asociadas a causas humanas y los modelos de civilización; y en qué medida no ha tenido la capacidad de comprender que para ir más allá, es necesario lograr una ruptura con la racionalidad moderna que se instauró en el sujeto cartesiano para objetivizar y cosificar el mundo, un mundo que es ajeno a su *ser*, Ser que solo puede ser entendido desde categorías imperantes. Como lo expresa Leff, solo a través de la reinención del sujeto, a través de una otredad, el encuentro del yo con un otro-el nos-otros-y de un nuevo ordenamiento de estar *con* el mundo, se podrán buscar herramientas y mecanismos para desplegar cambios sociales y culturales de una forma colectiva duradera, herramientas y mecanismos capaces de transformar el sistema social y ambiental de forma contundente.

Se abre entonces la discusión hacia el papel de la educación ambiental en las comprensiones y rupturas de las tensiones que deja la modernidad, en tanto su razón lógica, pero una educación ambiental que vaya más allá de ser campo específico de las ciencias de la educación que se dedica; en primera instancia, a una enseñanza y unas prácticas ecológicas, y en segunda instancia, a transformar la actitud del hombre frente a la naturaleza, conservando la escisión entre la naturaleza y el hombre, escisión entre lo sagrado y lo profano, entre hombre y mundo, entre sujeto y objeto, entre naturaleza y sociedad, entre cultura y ecosistemas (Noguera, 2004)).

Para Eschenhagen, (2007) el problema ambiental no simplemente es un problema puntual que se pueda solucionar únicamente a través de medidas instrumentales:

(...) resulta ser un problema que tiene sus raíces en las formas de conocer el mundo que determinan la manera como se concibe el problema ambiental y por ende se plantean las “soluciones”. Desde esta perspectiva resulta indispensable conocer primero cómo el ser humano se relaciona con su entorno natural, es decir, su capacidad de construcción simbólica, que se traduce en mitos, religiones, conocimientos, y por ende por ejemplo en técnicas, instrumentos normas, valores y otros más, que median su relación con el entorno. (p. 115).

Así las cosas, el ir a la ruralidad antioqueña y escuchar las narraciones de vida de estos cinco jóvenes permitió develar que sus voces rompen con la racionalidad moderna, en la medida que

Las identidades culturales se reconfiguran en un proceso de resignificación del ser colectivo, en una resistencia cultural que, tomando como punto de anclaje su origen y su tradición, confrontan a las estrategias de poder de la globalización económico-ecológica. En este proceso, la identidad, convertida en derecho cultural, se inscribe en una estrategia para la construcción de una nueva racionalidad social arraigada en las condiciones de la naturaleza (lo real) y los sentidos de la cultura (lo simbólico). (Leff, 2010, Párr. 93).

Entonces, el habitar con arraigo los territorios, permite a los jóvenes preguntarse por *estar* con el mundo a través de cuestionamientos contra la contaminación producida por la minería y las basuras, la defensa del patrimonio cultural y natural, y cómo pueden, desde su profesionalización, ayudar a sus comunidades en la construcción de mundos sustentables de vida, es decir, se habla de un nos-otros y de un ser reflexivo, rasgos de un sujeto político.

Esta investigación representa una contribución significativa al conocimiento y reconocimiento de los jóvenes como sujetos. El trabajo resalta la combinación de conceptos y discusiones. Si bien Colombia sigue siendo uno de los países más injustos y desiguales del mundo, lo que se agrava en la ruralidad, el escuchar a estos jóvenes devuelve la esperanza de que otro mundo es posible, aquel que rompe las racionalidades de la modernidad y en el cual habitan sujetos que no contribuyen a la escisión sujeto (joven), objeto (mundo) y que se integra a la naturaleza como parte de ella, como lo ha sido.

Por último, con el ánimo de ampliar los hallazgos de la investigación los autores produjeron el artículo de resultados denominado “El habitar con arraigo: la relación de los jóvenes con el territorio” (López, E. y Londoño S., 2016).

d) Productos generados

Cuadro 1

Generación de nuevo conocimiento

Resultado/Producto esperado	Resultado obtenido	Indicador verificable del resultado
Artículo de resultados que responde al objetivo general propuesto en el proyecto de investigación:		
El habitar con arraigo: la relación de los jóvenes con el territorio.	1 Artículo publicable en una revista indexada	Artículo: “El habitar con arraigo: la relación de los jóvenes con el territorio”
El cual recoge las reflexiones y los hallazgos de la investigación “El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia”		
3 artículos de revisión o resultados que responden a los objetivos específicos de la investigación:	Artículos argumentativos publicable en revistas indexadas	Artículo: “El habitar con arraigo: la relación de los jóvenes con el territorio”
El habitar con arraigo: la relación de los jóvenes con el		

territorio.

Qué sabe el saber ambiental: territorio, ruralidad y educación ambiental.

Artículo: “Qué sabe el saber ambiental: territorio, ruralidad y educación ambiental”.

Habitar la ruralidad: una relación con el saber ambiental.

Artículo: “Habitar la ruralidad: una relación con el saber ambiental”

7.2 Cuadro de apropiación social del conocimiento

Cuadro 2.

Apropiación del conocimiento

Resultado/Producto esperado	Resultado obtenido	Indicador verificable del resultado
Una propuesta educativa denominada “Urdimbre y Trama”, dirigida a jóvenes de los grados 8°, 9°, 10° y 11°, estudiantes del Sistema de Aprendizaje Tutorial (SAT), interesados en las problemáticas ambientales que se presenten en las veredas donde habitan y que además estén dispuestos a aportar alternativas de solución viables a estas problemáticas.	Diseño de propuesta educativa que genere una reflexión en torno a los conflictos ambientales en el contexto	La propuesta puede ser consultada para su implementación con sus autores a través de los correos electrónicos elkintus@gmail.com silvialilianalondono@gmail.com

7.4 CUADRO DE REVISIÓN Y AJUSTES A LOS IMPACTOS ESPERADOS

Cuadro 3.

Revisión e impactos esperados

Impacto esperado	Plazo	Indicador Verificable	Supuestos
Un proyecto investigativo denominado “El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia” que se articula a la propuesta educativa “Urdimbre y Trama”, la cual tiene como fin generar una reflexión en torno a los conflictos ambientales en el contexto rural y de esta manera construir un saber ambiental que crea sentido de arraigo de los jóvenes con su territorio	Corto Plazo	Presentación de los avances investigativos en el V Simposio de Educación “Por un dialogo de saberes y una praxis reflexiva” Universidad San Buenaventura Medellín. Julio 12 de 2013	Existen instituciones públicas y privadas interesadas en los temas juveniles y en la educación ambiental las cuales pueden financiar la implementación de la propuesta “urdimbre y trama” en la cual se pueden socializar los hallazgos de la investigación “El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia”.

Contribuir a la discusión académica que permita reconocer los aportes del saber ambiental que poseen los jóvenes habitantes de las zonas rurales del departamento de Antioquia en tanto este les permite ser un sujeto ecológico que habita con arraigo sus territorios.

Mediano
Plazo

Publicación de los artículos en revistas Indexadas para poner a discusión los temas y los resultados de la investigación

Organizaciones públicas y privadas con interés en generar discusión alrededor de los temas juveniles asociados a la ruralidad y a la educación ambiental interesadas en generar espacios para el debate

Referencias

Bolívar, A. y Segovia, D. (2006). La investigación Biográfica-Narrativa en Iberoamérica: Campos de desarrollo y estado actual. *Forum: Qualitative Social Research*, 7(4).
Recuperado de: <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/view/161/357>

Botero G. P. y Alvarado, S. V. (2006). Niñez, ¿política? y cotidianidad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 4(2). 1-23.

Caputo, L. (2001). *Identidades trastocadas de la Juventud Rural en contexto de exclusión. Ensayando una reflexión sobre la juventud campesina paraguaya*. Recuperado de <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Paraguay/base-is/20120911115138/Doc102.pdf>

Caride, J. A. (2006). Nombrar el desafío: El complejo territorio de las relaciones educación-ambiente-desarrollo. *Trayectorias*, VIII(20-21), 11-24

Cornejo, M., Mendoza, F. y Rojas R. (2008). La investigación con relatos de vida: pistas y

opciones del diseño metodológico. *Psyke*, 17(1), 29-39.

Descola, P. (2003). *Antropología de la Naturaleza*. Lima, Perú: Lluvia Editores

DNP. (2014) *Misión para la transformación del campo. Marco conceptual de la Misión para la Transformación del Campo*. Recuperado en <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Prensa/DOCUMENTO%20MARCO-MISION.pdf>

Durston, J. (2000). *Juventud rural y desarrollo en América Latina. Estereotipos y realidades*. Santiago de Chile, Chile: Red Latinoamericana de Educación Rural. Recuperado de http://www.red-ler.org/juventud_rural_desarrolloAL.pdf

Elizalde, A. y Thayer, L. (2013). Ruralidad y campesinado: ¿categorías en extinción o realidades en proceso de transformación. *Polis Revista Latinoamericana*, (34). Recuperado de <http://polis.revues.org/877>

Eschenhagen, M. L. (2007). ¿Será necesario ambientalizar la educación ambiental? En A. P-Noguera (Ed.), *Hojas de sol en la victoria regia: emergencias de un pensamiento ambiental alternativo en América Latina* (pp. 113-148). Manizales, Colombia: IDEA.

Galeano, E. (2004). *Diseño de proyectos en la investigación cualitativa*. Medellín, Colombia: Fondo Editorial Universidad EAFIT.

Heidegger, M. (1951). *Construir, habitar, pensar*. Recuperado de <http://www.geoacademia.cl/docente/mats/construir-habitar-pensar.pdf>

Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura. (2000). *Jóvenes y nueva ruralidad: protagonistas actuales y potenciales del cambio*. Recuperado de <http://juventudruralemprendedora.procasur.org/wp-content/uploads/2013/08/Jovenes-y-Nueva-Ruralidad-Protagonistas-del-Cambio-IICA.pdf>

JUACO. (s.f.). *Proyecciones de población jóvenes 14-28 años*. Recuperado de http://obs.colombiajoven.gov.co/Observatorio/Observatorio.aspx?rpt=Buyel7PqAptVw9lwUXO_Fw%3D%3D

Jurado, C. y Tobasura, I. (2012). Dilema de la juventud en territorios rurales de Colombia: ¿campo o ciudad? *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 10(1), 63-77.

Leff, E. (1998) *Saber ambiental, sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. México: Siglo XXI.

Leff, E. (2001). Espacio, lugar y tiempo. La reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental. *Nueva Sociedad*, (175), 28-42.

Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental. La apropiación social de la naturaleza*. México: Siglo

XXI.

Leff, E. (2008). *Discursos sustentables*. México: Siglo XXI.

Leff, E. (2010). El desvanecimiento del sujeto y la reinención de las identidades colectivas en la era de la complejidad ambiental. *Polis Revista Latinoamericana*, (27), 1-32.

Luna, M. T. (2006). *La intimidad y la experiencia en lo público* (Tesis de doctorado). Universidad de Manizales-Cinde. Colombia, Manizales

Ministerio de Educación Nacional. (2002). *Política Nacional de Educación Ambiental*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Educación Nacional.

Mihura, F., Vallega, A. y Orfali M., (2003). *El arraigo: valor orientador de una política poblacional para la Patagonia*. Recuperado de:
<http://www.uca.edu.ar/uca/common/grupo21/files/patagonicos-arraigo.pdf>

Nates, B. (2010). Soportes teóricos y etno-gráficos sobre conceptos de territorio. *Revista Coherencia*, 8(14), 209-229.

Noguera, A. P. (2000). *Educación estética y complejidad ambiental*. Manizales, Colombia: Centro Editorial Universidad Nacional.

- Noguera, A. P. (2004). *El reencantamiento del mundo. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente - PNUMA* -. Manizales, Colombia: Universidad Nacional de Colombia e IDEA.
- Oliver, M. F. (2005). *Actitudes y percepción del medio ambiente en la juventud española*. Recuperado de http://www.mapama.gob.es/es/ceneam/recursos/documentos/actitudes-medio-ambiente-juventud-espanola_tcm7-271203.pdf
- Paniagua, A. y Hoggart, K. (2002). Lo rural, ¿hechos, discursos o representaciones? una perspectiva geográfica de un debate clásico. *Globalización y mundo rural*, (803), 61-71.
- Pérez, E. (2002). Hacia una nueva visión de lo rural. En N. Giarracca (Ed.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (pp. 17-29). Buenos Aires, Argentina: Clacso.
- Pérez, L. N. (1993). *Lo rural y ruralidad, algunas reflexiones teórico metodológicas*. Recuperado de <http://www.colmich.edu.mx/relaciones25/files/revistas/054/LuzNereidaPerezPrado.pdf>
- Romero, J. (2012). Lo rural y la ruralidad en américa latina: categorías conceptuales en debate. En *Psicoperspectivas. Individuo y Sociedad*, 11(1). Recuperado de <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/view/176/197>
- Schutz, A. y Luckmann, T. (2003). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires,

Argentina: Amorrortu.

Silva, N. E. (2009). Los labradores del azar. Un estudio sobre las representaciones y las dinámicas de la juventud rural. *Revista Maguaré*, (23), 471-509.

Ulloa, A. (2002). *De una naturaleza dual a la proliferación de sentido: la discusión antropológica en torno a la naturaleza, la ecología y el medio ambiente*. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/53065/37/958818102X.capitulo6.pdf>

El habitar con arraigo: la relación de los jóvenes con el territorio²

Elkin López Correa³

Silvia Liliana Londoño Castaño⁴

Resumen

El presente artículo recoge las reflexiones y los hallazgos de la investigación “El saber ambiental: Acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia”; en su desarrollo, los jóvenes develaron cómo, a través de sus narraciones, emerge el saber ambiental, convirtiéndose éste en un acontecimiento vital. Tras el análisis de la información se identificó que los jóvenes han construido a lo largo de sus vidas un saber de lo ambiental, y que han establecido con arraigo una relación profunda con el territorio que habitan.

Palabras claves: Saber ambiental - juventud - ruralidad – habitar

Introducción

² Artículo de resultados realizado en el marco de la investigación “El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia”, realizada para optar al título de Magíster en Educación y Desarrollo Humano CINDE- Universidad de Manizales

³ Licenciado en Educación en Ciencias Naturales - Universidad de Antioquia. Candidato a Magíster en Educación y Desarrollo Humano CINDE- Universidad de Manizales. E.mail: elkintus@gmail.com

⁴ Antropóloga - Universidad de Antioquia. Candidata a Magíster en Educación y Desarrollo Humano CINDE- Universidad de Manizales. E.mail: gloceos@gmail.com

El habitar incide directamente en los ecosistemas, lo es para los seres humanos y lo es para los demás seres de la naturaleza. Pero los seres humanos no solo transforman el entorno a partir de la sobrevivencia, también lo hacen desde la cultura, que se ha transformado con el trasegar de la especie humana por el planeta, y que convirtió la tierra en un objeto del cual se pueden obtener recursos; los rituales que antes eran por la vida, hoy dieron una transformación hacia ritos por los bienes materiales; de símbolos y significados de vida, a símbolos y significados de bienes materiales.

La investigación “El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia” escuchó a cinco jóvenes habitantes del contexto rural del Departamento para comprender si en sus narraciones emerge el saber ambiental como acontecimiento vital; esto permitió identificar que los jóvenes han construido a lo largo de sus vidas un conocimiento de lo ambiental, a través de las prácticas que tienen con el ambiente y la relación profunda que han establecido con su territorio. Sus narrativas fueron escuchadas y en ellas se dejó ver su relación profunda con la ruralidad y con el saber ambiental; dos aspectos que se integran -o sujetan- a la condición humana como realidad integrada e integradora de realidades, de pensamientos a acciones, de prácticas a culturas.

Retomando a Enrique Leff, se evidencia como en torno a sus aportes sobre la comprensión de la crisis ambiental, se teje una madeja por donde los hilos del discurso histórico-social van y vienen, configurando en relato, una noción; un saber que se ha acumulado y distribuido cotidianamente en las interacciones y comportamientos humanos, consigo mismo, como especie, y con los demás seres vivos. En este sentido, la narración, como lo presentan Bárcena y Melich

(2000), ayuda a conducir ese saber ambiental como parte de los contenidos en ese panorama que por si se pre-figura intuitivo y literario, una visión sobre las experiencias, los tiempos y los espacios que son narraciones de voces cercanas.

De esta forma, se acoge con gusto lo aportado por los jóvenes en sus voces, que se convierten en gritos contra la racionalidad moderna; las realidades que develan sus palabras son poco pensadas, habladas y escuchadas, se alcanza a esbozar en sentido literario una idea compleja que no se agota y que deja ver que para ellos el habitar con arraigo es una profunda relación con el territorio, una conquista a la racionalidad moderna, construida en torno al saber ambiental.

La investigación permitió comprender, en las narraciones de los jóvenes, desde el mundo de la vida cotidiana (Schutz y Luckmann, 2003), el carácter histórico de la producción y la reproducción social (relaciones, visiones, rutinas, temporalidades, sentidos, significados), que favorecen la comprensión de lo ambiental. Luego del análisis de la información, se establecieron dos categorías de análisis: el saber ambiental y el habitar con arraigo su territorio.

Del saber ambiental

La gran mayoría de los discursos ideológicos, teóricos y académicos de lo ambiental, que se reproducen, vienen adaptados por la institucionalidad, y no representan el pensamiento y los saberes de los ciudadanos, desconociendo de tajo el acumulado cultural y las formas de vida de las comunidades rurales. Los habitantes de la ruralidad, también construyen comprensiones y acumulan saberes sobre lo ambiental, a partir de sus relaciones con el territorio, con la naturaleza

y con la sociedad.

En este sentido, Leff (2004) afirma que “el saber ambiental no emerge de la profundidad de las ciencias para volver a sumergirse y a disolverse en la racionalidad teórica y los paradigmas prevalecientes de conocimiento” (p. 254), por lo que se subraya la importancia de construir saberes desde lo local, más allá de una construcción epistemológica y teórica, distinta a la racionalidad y el positivismo dominante en la ciencia de occidente.

Lo que los jóvenes manifestaron en sus narraciones, hace parte del conjunto de símbolos creados por ellos y por la cultura, aquella que les reafirma un afecto por la tierra, al establecer una conexión recíproca; se podría decir que estos jóvenes escuchan la naturaleza de la que hacen parte y se sienten parte.

El habitar con arraigo: La relación con el territorio

El territorio en el que habitan los jóvenes inmersos en la investigación, está caracterizado por una diversidad climática y cultural, pero además, por una ruralidad que comparte características con ruralidades de otros lugares del mundo; hoy el mundo evoluciona a una velocidad vertiginosa y es convulsionado por una gran cantidad de sucesos, donde se interrelacionan múltiples factores (económicos, políticos, sociales, militares, culturales, entre otros); por ello, se transforma la naturaleza y se transforma la cultura, y con ellas, cada uno de los sujetos presentes.

La modernidad hoy tiende a ver el campo con una visión reduccionista: como la despena de

la ciudad, como el proveedor de recursos de alimentación y de bienes y servicios ambientales; esta relación tan poco recíproca se ha ido transformando desde la llamada “revolución verde”, que inicia en los países desarrollados en la década del 60 del siglo pasado.

En este punto, es importante considerar, como lo indican Elizalde y Thayer (2013), que en los últimos cincuenta años la ruralidad ha tratado de ser definida, sin embargo, al tener connotaciones objetivas y subjetivas, está en constante movimiento, lo que implica un gran desafío para quienes tratan de comprender lo rural.

Al detenerse en la ruralidad, es importante reconocer cómo ésta se hace evidente en las narraciones de los jóvenes, como un territorio multidimensional, donde recrean y se atreven a aparecer con sus interpretaciones y contradicciones, con sus lógicas, su racionalidad y su emotividad. Se acude entonces a las propias narraciones, a través de porciones de texto prestadas de los jóvenes, donde los contenidos anunciados cobran vida y voz; no sobra decir, narraciones desde la ruralidad.

“Ehhh este acá el municipio lo llama el rincón ecológico, ¿Por qué? Porque tenemos grande abundancia en lo que es la madera, nos vamos acá a la ciénaga de Bojayá donde se consiguen muchos árboles, pero esos árboles creo que los estamos tumbando demasiado y que no estamos sembrando, solamente estamos tumbando, tumbando, tumbando hasta eh, hagamos de cuenta que estamos acabando con lo que es la naturaleza” J

Donde ellos construyen identidad, como lo señala Nates (2010), en parte con una “Relación a

priori, emocional, pre-social con la tierra”, y a su vez el territorio que participa en el orden de representaciones culturales, sociales.

La ruralidad como territorio tiene una fuerte gramática, centrada, como lo presenta Nates (2010), en la toma de conciencia del sí del ser; como también lo argumenta Heidegger (1951), el territorio permite cómo ser en el mundo. Visto así, la constitución tripartita entorno natural-espacio-cultura, permite un modo de vida; el solo morar allí no constituye por sí solo la transformación del sujeto en un ser identitario, entraña pues una nueva relación del ser con la conciencia de sí (Leff, 2010).

“(…) Desde que tenía esos años he vivido por acá por eso me halaga ser como de por acá, no me desmoralizo, o sea como te dije hoy la ciudad para mi está para visitarla, para pasarla bueno.... pero de trabajar laboralmente me gustaría más que todo en el sector rural” A

Habitar, para Heidegger (1951), es el rasgo fundamental del estar del ser humano. Habitar es la posibilidad de morar junto a los demás, con lo Otro, con todo aquello que no se es propiamente. Habitar y cultivar, en su sentido más amplio, implica cuidar la vida, rodearla de abrigo, envolverla en un buen trato. Tratar bien, es establecer las condiciones adecuadas para residir junto a la totalidad de lo existente.

“Acueducto en mi tierra solo hay uno que viene de arriba y se llama aguacero, eso es claro, eso es claro, no se vende, no se vende, tampoco se privatiza, no se vende, no se vende, tampoco se privatiza, el que quiera saca su vasija recoge su agua y que siga la

vida” J.

Habitar, significa más que vivir en un lugar, es estar con la tierra, ubicarse en un espacio, pero al mismo tiempo cuidar de él y sentir una conexión que va más allá del cuerpo, estar arraigado. En las narraciones de los jóvenes se puede comprender que habitar el territorio rural se convierte en la manera de estar con el mundo, de resignificar lo que ven, y reflexionar sobre la realidad que les pasa y les genera preguntas; son jóvenes que buscan un estar allí. Cabe resaltar que aunque no se había propuesto trabajar el concepto del arraigo, se encontró que el vínculo de los jóvenes con el territorio, está basado en su espacio y tiempo vital, en su semejante próximo y en los principios o valores vigentes en la comunidad que habitan.

Para Mihura, Vallega y Orfali (2003) el arraigo “Es un valor que posee tres partes constitutivas interdependientes -cada una de ellas repercute en las restantes-: una espacial, una social y una cultural” (p. 7). Como puede verse, aunque el arraigo es el modo de habitar, estar arraigado en la ruralidad es de alguna forma estar doblemente conectado a la tierra, lo que lleva a una postura política que, además, se hace en un sentido colectivo.

Esta postura considera el centro-periferia, expuesto por Nates (2010); donde el centro es el dominante y la periferia la subordinada, que en este caso es la ruralidad; es decir, aquella que ha sido leída como la otredad colonizada por la idea imperial de la urbe. Una magnificencia no interrogada, impuesta por la subjetividad de la ciudad, centro del mundo, de la circulación de todo, del poder de todo, de la supremacía poblacional.

En este sentido, los jóvenes trascienden esta distinción:

“Me amaño más por aquí, me gusta más el trabajo del campo que el de la ciudad; que uno por aquí conoce, tiene cosecha toda la comida, en cambio por allá uno tiene que comprarla entonces eso, a mí no me gusta” S.

Desde esta comprensión, la ciudad no es el único mundo posible, es más, ahora se torna cuestionable, se deshonra en su desastre, en los sueños incumplidos y en sus derivaciones sofocadas, violentas, intranquilas y, además, se cobra por ello, hay que pagar por todo, por absolutamente todo; se debe garantizar un valor de cambio, no hay solidaridad, cooperación, hermandad.

“¿Y que tiene el campo que la ciudad no tiene? La libertad, la libertad de usted salir donde usted quiere, el trato con las personas, por eso yo parto desde ahí no se puede comparar la ciudad con el campo, es que usted aquí anda libremente, en cuanto al trabajo usted lo maneja obviamente con responsabilidad, pero yo creo que se va hacer más fácil” A.

Además, se deja ver en las narraciones de los jóvenes que la urbe representa una idea colonizadora que condena al otro a la incapacidad de representarse a sí mismo, o a la necesidad de negarse, de replegarse sin hacerse notar, sin que nadie se percate de su presencia, de su cosmovisión, de sus derechos y de su dignidad. El otro es así reducido a la categoría de objeto sin voz, sin existencia, sin derechos.

(...) El campo, dicen, que es un hueco y que pereza, muchos que han salido de allá, dicen, yo no vuelvo a ese hueco yo no sé qué, pero yo prefiero mil veces ese hueco que no una ciudad llena de peligro porque uno en la ciudad no tiene tranquilidad... yo voy a seguir ahí porque me apasiona, no se he cogido como, el campo como un objetivo para mí.” D.

Los jóvenes muestran la respuesta a dicha discriminación a través de los argumentos que defienden su nicho sociocultural. Sin embargo, se devela la doble condición, la libertad en su identificación rural y la innegable segregación en el espejo de la urbe.

“Desde que tenía esos años (tres años) he vivido por acá por eso me halaga ser como de por acá, no me moralizo, la ciudad para mi esta para visitarla, para pasarla bueno no sé cómo para uno alejar este pensamiento que tiene aquí como vivir otras cosas pues, pero he de trabajar y desempeñarme en el magisterio me gustaría más que todo en el sector rural o municipal pero no en este sector de la ciudad” J.

Esta conciencia del espacio y del tiempo en la ruralidad significa para los jóvenes nuevos mundos por causa de los mismos mundos actuales. Lo que se entreteje en su conversación aduce a las fuertes tensiones no solo académicas o conceptuales, sino también culturales de la relación entre lo rural y ciudad, en las que se teje una noción de territorio alterno y dinámico que construye una racionalidad de la ruralidad en la que persisten saberes de todo orden.

“(...) eso es depende si el gusano lo pica en la mano le da un dolor acá debajo de la axila y si se lo da en el pie le da acá en la ¿Cómo se llama esto por acá? ...ahí, eso es depende, si lo pica en el pie le da el dolor acá muy duro y si la pica en la mano le da ahí... el dolor

que le produce, o sea el gusano como que, como que al inyectarle el veneno eso le produce el dolor muy duro, entonces eso le llaman seca” D

Todos estos asuntos nombrados, y aquellos que se dejan ver entre líneas, hacen posible la relación entre los jóvenes y su territorio, que no es más que la emergencia del saber ambiental como acontecimiento vital, que se da entre prácticas narradas de humanos en su mundo; sucumbiendo a su finitud en finitas y variadas instancias de imaginarios, de temporalidades, de espacialidades; en general, de historicidad, de raíces, sucumbiendo a sus memorias. Sobre esta ruralidad rica en prácticas y formas culturales de desenvolvimiento.

El arraigo desde las prácticas

Se entiende el habitar con arraigo en el territorio la posibilidad que tiene el joven de emerger como sujeto consciente que escucha, reconoce, y es crítico sobre el mundo; y tiene la capacidad y el interés de construir con otros las posibilidades de transformación, ya que hay personas influyentes que, en el transcurso de sus vidas y a través de prácticas sociales, *habitus*, han dejado un legado que ellos quieren conservar y replicar.

“Desde pequeña, pues sí, mi papá me ha llevado a coger café y me ha enseñado, eso si no le gusta que le hagan resbaladeros, que no le cojan el café verde, que no le dañen las hojas, mejor dicho quiere mucho el café. Un granito de café en el suelo dice –no rieguen el café, que eso es lo que llena el tarro para que de los siete kilos- lo ha cuidado mucho, el cafetal lo cuida mucho” D.

Estas prácticas permiten descubrir lo que son y las inmensas posibilidades de ser, de seguir siendo en el mundo de la vida.

“Mi papá tenía su finca, cultivaba lo que era plátanos, filipitas, banano, cañas, chontaduro, guayabas, de todo, porque él decía que, que lo único que nos quedaba era la finca, y que la cultiváramos, que le trabajáramos, en este momento todavía hacemos parte, tenemos la finca, el hace que, trece catorce años hace que murió y todavía tenemos lo que es la finca” J.

El habitar con arraigo, permite tener una ruptura con la racionalidad moderna, y abre caminos para la transformación del sujeto y del colectivo, del que hace parte cuando se une con otros a cambiar las posibilidades, a construir la historia y a romper con las tradiciones y prejuicios impuestos.

En las áreas rurales del tercer mundo, las prácticas sociales y productivas están íntimamente asociadas a valores y procesos simbólicos que organizan formaciones culturales, y permiten la apropiación social y la transformación del medio ambiente. La organización cultural regula el uso de recursos para satisfacer las necesidades de sus miembros (Leff, 2001).

En las narraciones emerge el juego como práctica social que permite procesos simbólicos de arraigo; es el juego, el que implica reconocer que el espacio que rodea tiene una singularidad y permite el reconocimiento de las emociones y sentimientos que le constituyen.

“Tenía poquitos años, tenía como siete años, allí fue donde yo inicié, antes de aprender a nadar, hacia morteros, decía hacer de pa’tas, de pa’lante, con mis compañeros competíamos, competíamos así, hacíamos fogatas y hacíamos morteros...pero sí, aprende a bañar y eso creo que no lo olvidé porque eso es lo único que también me puede salvar en el momento en que yo vaya en un expreso, que este viajando porque tenemos dos vías la que es la acuática y la aérea entonces pienso que eso no se puede olvidar porque en el momento que yo me vaya, va uno expreso y nos inundamos, puedo que me puedo salvar por ese lado” J.

Este rasgo tiene unas características especiales, retoma los significados de la vida cotidiana y, a través del simbolismo, permite dar un entendimiento para interpretar el mundo de la vida. Como rutina, ejerce como practica social que fortalece la trama relacional, permitiendo vínculos con la naturaleza, y que sirve de garante para que reconozcan otras maneras de estar.

El juego es considerado un rasgo específico de la vida humana. En las narraciones escuchadas, el juego fue un común denominador que permitía a los jóvenes momentos claves con la naturaleza. En cuanto tal, el juego ha merecido la reflexión de muchas corrientes de pensamiento; García Blanco (1995) señala que muchos científicos consideran el juego como la fuerza que permite al hombre encontrar el conocimiento. El juego, el que permite moverse tranquilamente en un lugar, hacerlo su hábitat, permite a los jóvenes emerger. Jugar en un árbol, nadar en el río con los amigos, comer bichos, convoca a el acto de humano de *estar con*, y logra vincular al joven con una forma de racionalidad, donde la diversidad, la multiplicidad, el verde, la compresión de ser morar y habitar un lugar.

Conquista de la racionalidad moderna, entorno del saber ambiental

La In-Cultura de la “revolución verde” no solo representa un atentado contra la supervivencia de todas las formas de existencia, sino que a través de ese hacer, crónicamente se va gestando una transformación ontológica, análoga a lo que se hace con la naturaleza de la que se es emergencia (Giraldo, 2013, párr. 61). En contrasentido a esa revolución verde, lo ambiental no solo apela a la subjetividad individual, sino que necesita la emergencia del ser en lo colectivo, que tiene un permanente diálogo de saberes, que siente que es mejor estar en grupo que solo, develando que la naturaleza no es algo externo, sino que está entrelazada con la cultura. Entonces, desde los escenarios juveniles se siguen dando pistas de cómo superar la crisis de la racionalidad moderna; así lo deja entrever la narración de J.

“(…) Mucha gente recoge (la basura) ya después de haberle dado tanta capacitación a la gente, (...) algunos la echamos a las bolsas y la vamos a poner allí en el aeropuerto porque todo el tiempo la vienen recogiendo, y todos debemos aportar”.

La idea de territorio donde se habita, involucra la presencia de una nueva racionalidad, pues el querer ser, implica un dónde y un hasta cuándo, en términos humanos. Sobre esos elementos adheridos a la condición humana vivida cotidianamente, se percata un elemento igual o similar al tiempo, que rara vez se descarta en la narración de los jóvenes.

"... vocacionalmente lo siento en el alma y el corazón en cuanto al cuidado del medio

ambiente más que todo uno se va enfocando en eso, ya uno va teniendo en cuenta el daño que se está haciendo al ambiente ya sea por las minas, por otras tendencias, por las quemas y por las basuras, por lo particularmente esas vegas [las] gestionaron para explotarlas como minas. Pero yo estuve averiguando como pues calladamente como romper ese lazo para evitar eso, es que eso ha sido un centro turístico toda la vida" A.

Ese elemento es, el ambiente/entorno; sus historias suceden un día, en algún lugar de su entorno rural, con alguien o solos.

De fondo la narración involucra el saber ambiental, construido en pequeños sucesos de historias personales, de posturas críticas sobre el mundo donde habitan, el mundo que les llevan los libros, la escuela, la internet, la televisión a los jóvenes, las circunstancias ajenas y propias que son recordadas, u olvidadas sin remedio, a lo cual ellos se refieren como a la pérdida de valores; de alguna manera interpretando estos acontecimientos narrados, refieren a la escisión histórico-académica entre sujeto, y ambiente, entre razón y práctica.

“Una vez el año antepasado, estaban diciendo que iban a privatizar el agua y como yo canto, canta mi hermano y a mí me gusta expresar por medio de la música, expresar lo que siento, entonces ahí sacamos canciones como eeh, el agua y el rio, son dos canciones diferentes, entonces les decimos –con que nos bañamos, con agua, y con que nos bautizan, con agua, y con que nanarana, con agua- entonces esa canción. Entonces canciones como así ¿ya? Que pongan a pensar la gente y que privatizar el rio, a la gente que vive por acá por lo cerca a las orillas, no es fácil sobrevivir, nos cuesta un poquito pero por eso se sacan las canciones y se mandan lejos de acá para que la gente la escuche

y tome conciencia de eso” J.

No hay duda que su llamado es a observar la integralidad, que se denota en la ruralidad, desde los sentidos, entre pluralidad-alteridad-singularidad, destino. Integralidad, una cualidad de la condición humana con la cual el pensar humano moderno/racional, al parecer, no se identifica, ni los jóvenes con él. Curiosamente la modernidad ha llegado como “desarrollo”, “progreso”, “avance”, “evolución”, “estar mejor”; sin embargo, esta situación que trae por nuevo y mejor, la ciencia en especial, es controvertida por algunos, seguida por otros, objeto de crítica entre otros tantos, tras reconocer la desmesura del conocimiento usado sobre los recursos naturales; no es posible condensar eso en una verdad ni tampoco discurrirlas por fuera del ámbito político-cultural, entendido como la capacidad (o fuerza imaginaria) de un territorio, para contener grupos humanos que lo habitan y lo transforman en el tiempo. El arraigo, a lo largo de las vidas, ha sido posible gracias al saber que se construye en conjunto con la naturaleza.

“Hay un lugar hasta donde las palabras, aunque quieran, no lleva lo que nombran” J.

Infinidad de dilemas cubren los asuntos humanos sobre lo ambiental, y no es otra cosa, si se permite, más que asistir a la cruda manifestación histórica de la inestabilidad existencial de la especie humana, en sus tránsitos ordinarios de realidad. De este modo, ante lo que no se puede expresar o comunicar, se levanta un marco de condiciones al azar, operando al lado contrario de la realidad natural, o experimentalmente por las ciencias.

En la actualidad el mayor reto de las políticas neoliberales es que la ruralidad pueda estar

acorde a las pretensiones de la globalización y sus dinámicas, el desarrollo sostenible. El mundo rural, como lo presenta Pérez (2002), está en crisis, “Pues aún no comprende su papel actual y sus nuevas funciones, y así no sólo pierde su identidad sino también su población, sus modelos de organización y muchas de sus actividades” (p. 21). Y los jóvenes lo sienten, lo ven y reflexionan frente a estos sucesos.

A hoy, los datos objetivos constituyen enteramente los sistemas científicos. Pero la complejidad de la nueva época, tras la academia, reconoce en la subjetividad un alto valor para la generación de significados, narraciones, saberes, en fin, atribuye nuevos sentidos a espacios de otros tiempos.

Tras la comunicación informal que antes del siglo XX no se daba por cierta, o existente, hay un mundo donde los temas subjetivos adquieren representación sólida y validan las experiencias, se mueven los prejuicios; tal es el mundo del universo simbólico personal, o el espacio de imaginarios compartidos; entre otros nombres, sobre este mundo antepuesto al mundo del universo enteramente físico, en el cual el pensamiento científico controla la realidad de hoy.

El reto es entonces hacer una descripción más profunda del conocimiento de la naturaleza, poniendo como antecedente que lo ambiental no es un problema del conocimiento, es una dimensión que afecta la sostenibilidad misma de la cultura. El saber ambiental debe cambiar las prácticas y la cultura misma. El gran reto para -el nosotros humano- es reevaluar el flujo de las actitudes sobre el ambiente; generar conciencia, -saber ambiental, -re-construir el conocimiento.

Lo ambiental es entonces una capa del desarrollo humano, y la educación ambiental un camino para darle sentido a la construcción de ciudadanía, y de esta manera enfrentar y confrontar la crisis ambiental, que no es más que un problema de conocimiento de los asuntos humanos y de estos en su relación con el entorno ecológico; no es una crisis, como suele pensarse, de la naturaleza.

El régimen de lluvias, las crecientes de los ríos o las fases de la luna son el lenguaje de la naturaleza; para los jóvenes, la naturaleza habla.

“Pues esto es como, esto es como el río está enseñándole a la gente, que no debemos tirar basuras, tiran muchas basuras, cortar los árboles y también hay que sembrarlos, porque acá estamos diciendo nosotros que es por culpa que el ser humano está destruyendo lo que es la propia tierra, entonces esto es como los beneficios, no, digamos no beneficios sino como enseñanzas que nos trae la tierra que por eso, es una parte donde, donde nos está afectando y también los pelados, los muchachos, hay mujeres que están recién paridas y tienen sus hijos, también tienen que hacer oficio porque no tiene quien se los haga, entonces descuidan el muchacho y cuando el río se inunda, hay personas, hay muchachitos que se han ido al agua y se han ahogado, los han perdido” J.

Y al hablarles, se establece un diálogo con las comunidades campesinas, y este diálogo hace parte del saber ambiental, un acumulado en siglos de hacer agri-cultura. Ese saber se sigue resistiendo a ser roto por la modernidad, que quiere, a toda costa y desde la revolución verde, producir y reproducir en el campo un modelo de desarrollo, basado en la acumulación de riquezas.

Es decir, esa relación cultura-naturaleza, que antes era más armónica, tiende a tensionarse más en una suerte de hilos tejidos con el paso de los siglos, los cuales cada vez se tensan y se rompen poco a poco. En contraste, los jóvenes develan en sus narraciones lo ambiental como parte integrante de los asuntos humanos, de sus espacios, sus prácticas, sus historias. Ahora, dimensionando la crisis ambiental más allá de “lo verde” como objeto de conocimiento compuesto por subjetividades y espacialidades, en una necesidad de ampliar la noción del conocimiento de la naturaleza, además es necesario hacer una lectura panorámica de las crisis en cuanto a la naturaleza del conocimiento.

Para los jóvenes, lo rural es un escenario cargado de símbolos, realidades, costumbres, tradiciones, narraciones, relaciones dialógicas, de tramas entre los sujetos; en resumen, una reivindicación del saber ambiental, el cual en sí mismo debe romper las presiones de la modernidad, del modelo de desarrollo que genera que los habitantes de la ruralidad se desarraiguen, despojándolos de símbolos y significados, contruidos a partir de lo que implica habitar el territorio rural.

El hacer de la agricultura tradicional –el cual aún subsiste en más de la mitad de la tierra cultivada en el mundo–, ha determinado diversas maneras de ser de sus agricultores, quienes se han creado a sí mismos por obra de la actividad agrícola. La agricultura no es por tanto, un tema que deba reducirse a la productividad, sino un asunto profundamente ontológico, que ha conformado por milenios las formas del ser, el habitar y el permanecer de la humanidad entera, y que en mucho menos de una centuria ha sido irrumpida por un modelo fabril homogeneizante, cuyo racional percibe a la tierra como un depósito de

recursos muertos que podrán ser extraídos para siempre. (Giraldo, 2013, párr. 49).

En su cultura, estos jóvenes tejen una relación de afecto con la tierra, con la naturaleza; esa misma relación de afecto no es tejida por un joven de la ciudad con el supermercado o el centro comercial.

“(…) Pero pienso que hay mal uso que están haciendo también los del municipio porque allá abajo hicieron un hueco donde todo el tiempo vienen echando la basura, pero cuando el río se sale, el río se crece, esa basura toda se sale y afecta a muchas familias de por allá porque el agua no, no, no corre hacia arriba sino que siempre está bajando” J.

El trabajar con los jóvenes en sus propios territorios, escucharlos y analizar lo que quieren decir, permitió la emergencia de una triada que combina el ser joven, habitar la ruralidad y poseer un saber ambiental. Esta triada hace emerger un sujeto ecológico que rompe la racionalidad de la modernidad y se transforma hacia un ser racional ambiental; en otras palabras, un sujeto ecológico que no solo porta, sino que también construye un saber ambiental.

El saber ambiental, entonces, se construye desde su falta de conocimiento, integrando los principios y valores que animan la ética ecologista, las sabidurías y las prácticas tradicionales de manejo de los recursos naturales, y las ciencias y técnicas que sirven de soporte a las estrategias del desarrollo sustentable (Leff, 1998).

Reconociendo la inclusión de los jóvenes en las discusiones del desarrollo rural y de los

programas de educación ambiental, que desde los estamentos públicos y privados del país debe ser imperante, es necesario tener en cuenta que en la gestión del desarrollo local hace parte del saber ambiental de las comunidades y que este se da en su territorio donde se funde la conciencia de su medio, el saber sobre las propiedades y las formas de manejo sustentable de sus recursos, con sus formaciones simbólicas y el sentido de sus prácticas sociales, donde se integran diversos procesos en el intercambio de saberes sobre el ambiente (Leff, 1998).

REFERENCIAS

Bárcena, F. y Melich, J. C. (2000). *La educación como acontecimiento ético: natalidad, narración y hospitalidad*. Barcelona, España: Paidós.

Descola, P. (2012). *Más allá de naturaleza y cultura*. España: Amarrou Editores

Elizalde A. y Thayer L. (2013). Ruralidad y campesinado: ¿categorías en extinción o realidades en proceso de transformación. *Polis Revista Latinoamericana*, (34), recuperado de <http://polis.revues.org/8717>

Heidegger, M. (1951). *Construir, habitar, pensar*. Recuperado de <http://www.geoacademia.cl/docente/mats/construir-habitar-pensar.pdf>

Giraldo, O. (2013). Hacia una ontología de la Agri-Cultura en perspectiva del pensamiento ambiental. *Polis Revista Latinoamericana*, (34) Recuperado de

<https://polis.revues.org/8773>

Leff, E. (1998). *Saber ambiental, sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. México: Siglo XXI.

Leff, E. (2001). Espacio, lugar y tiempo. La reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental. *Nueva Sociedad*, (175), 28-42.

Leff, E., (2004). *Racionalidad ambiental, la reapropiación social de la naturaleza*. México: Siglo XXI.

Leff, E. (2010). El desvanecimiento del sujeto y la reinención de las identidades colectivas en la era de la complejidad ambiental. *Polis*, 27. Recuperado de <https://polis.revues.org/862>

Mihura, F., Vallega, A. y Orfali M. (2003). *El arraigo: valor orientador de una política poblacional para la Patagonia*. Recuperado de: <http://www.uca.edu.ar/uca/common/grupo21/files/patagonicos-arraigo.pdf>

Nates, B. (2010). Soportes teóricos y etnográficos sobre conceptos de territorio. *Revista Coherencia*, 8(14), 209-229.

Pérez, E. (2002). Hacia una nueva visión de lo rural. En N- Giarracca (Ed.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (pp. 17-29). Buenos Aires, Argentina: Clacso.

Schutz, A. & Luckmann, T. (2003). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

La ruralidad: una relación con la racionalidad ambiental⁵

Silvia Liliana Londoño Castaño⁶

Resumen

El objetivo del artículo responde a develar la relación del habitar la ruralidad con el saber ambiental, para así comprender que hay otras maneras de desvanecer la interminable tensión naturaleza-cultura, y que están lejos de los discursos ambientalistas que se han encargado de solidificar la racionalidad instrumental. Para lograr este propósito, se hará un acercamiento teórico a lo que se ha planteado desde la antropología y las corrientes ambientales, tanto conservacionistas como progresistas, en cuanto la dicotomía naturaleza-cultura. Luego, se ofrecerá una mirada al mundo de la ruralidad, para establecer una apuesta por una ruralidad como escenario de una racionalidad ambiental.

La ruralidad: un nuevo escenario para la episteme de la naturaleza y la cultura

En la actualidad el concepto de ruralidad ha sido formulado por diferentes campos disciplinarios; geógrafos, sociólogos, antropólogos, incluso economistas han buscado otorgar una definición conceptual, sin embargo, desde hace largo tiempo, la modernización y con ellas las formas de producción han generado entendimientos diversos. Entonces, es pertinente comenzar

⁵ Artículo resultado de la Investigación “El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia”, realizada por: López, E. y Londoño S. 2013

⁶ Aspirante a Magister en Educación y Desarrollo Humano en CINDE - Universidad de Manizales

este texto, argumentando cómo la racionalidad moderna ha configurado las condiciones de comprender el mundo rural, lo que ha desencadenado formas de vida, en estos espacios, restringidas; no posibilitando en muchos casos otras formas de impulsar dinámicas endógenas que conduzcan al desarrollo sostenible (Elizalde y Thayer, 2013).

La modernización que aconteció particularmente en América Latina, en palabras de Tironi (como se citó en Marín y Morales, 2010),

(...) se comprendería como la operacionalización del proyecto de la modernidad, donde ciertas características empíricas permitirían que una sociedad abandone los rasgos tradicionales para constituirse como sociedad moderna. Entre estas destacan: un alto grado de urbanización, un mejoramiento de la calidad de vida derivado del desarrollo científico y tecnológico, la expansión de la educación formal, las transformaciones en la estructura ocupacional, el debilitamiento de los roles sexuales tradicionales y la transformación de la familia. (p. 26).

Este argumento, que será revaluado por diferentes teorías, nos ayuda a establecer un horizonte de entendimiento sobre la ruralidad.

El proyecto modernizador trajo consigo también una apuesta por la racionalidad moderna, la cual vierte parte de sus orientaciones en la instrumentalización, es decir, el mundo se convierte en un medio de ser utilizado, objetivable. Esta racionalidad incluye la implementación del progreso técnico y tecnológico, por parte de la racionalidad científica, donde el mundo natural y el social, aparecen como dos entes independientes y utilizados para la producción de objetos, y

que convergen en una sentencia común: la dominación y explotación de la naturaleza y del hombre por el hombre, que hasta el día de hoy ha reforzado la dicotomía naturaleza/cultura.

Lo anterior plantea una crisis que concierne directamente al mundo rural, como oposición del mundo urbano, el cual es el canalizador de la inversión y los flujos de capitales productivos que han ido creando las condiciones económicas y políticas, para la destrucción de las formas tradicionales de producción, que se encuentran en la ruralidad y las formas de vida campesina. Y a su vez este mundo rural, se ha convertido en un escenario que produce solo para el capital, y esto ha conducido a una explotación sin control, basado en la superioridad humana sin miramiento de lo que hace.

El resultado, un nuevo régimen global que comenzó en 1992 con la Declaración de Río de Janeiro en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo; la biodiversidad se volvió oficialmente un asunto de interés planetario. Ante el inminente deterioro medio ambiental, emergió una biología conservacionista orientada a cambiar la concepción hegemónica sobre los recursos naturales y a desarrollar innovadoras políticas públicas que garanticen el uso sostenible de esos recursos, y que permitan una gestión de la biodiversidad de la que deriven servicios ecosistémicos para el beneficio de la sociedad general.

Sin embargo, este régimen sigue estando sustentado en una racionalidad moderna que se funda en una episteme limitada, en palabras de Foucault (como se citó en Abadía, 2003),

La episteme de una época no es la suma de sus conocimientos, tampoco el estilo de las

investigaciones ni el “espíritu” de dicha época, sino que más bien se trata de la desviación, las distancias, las oposiciones, las diferencias, las relaciones de sus múltiples discursos científicos: la episteme no es una especie de gran teoría subyacente, es un espacio de dispersión, un campo abierto y sin duda indefinidamente descriptible de relaciones. (p. 23).

La mezcla de ruralidad/medio ambiente se ha vertido en el discurso de un nuevo régimen que busca mecanismos concretos para salvaguardar el ambiente, lo que implica inventarios de especies animales y vegetales, uso sostenible del mundo natural, sistemas de información, políticas públicas, entre otros; además, se equipara a territorios y a comunidades: a cultura. Es decir, otra vez una intencionada dualidad.

Debate sobre la dicotomía cultura/naturaleza

La modernidad puede ser caracterizada en diferentes horizontes; Escobar (2003) históricamente la ubica en la revolución francesa y se cristaliza en el siglo XVII con la revolución industrial. Sociológicamente se establece sobre la superación de lo humano, desde la reflexividad de sí mismo. Culturalmente hay un conocimiento que va acompañado de la universalización y la individualización. Filosóficamente el hombre se establece como el centro, ser pensante, significa estar en otro orden diferenciado de lo natural. Estas perspectivas altamente positivistas presentan dos protagonistas en el campo ontológico y epistemológico: la naturaleza y el hombre.

Las posturas ambientales aparecen como una forma de leer la realidad, sin embargo, algunas de estas lecturas se convierten en retóricas modernas, pero a su vez esta ambivalencia de las teorías ambientalistas, buscan acabar con la crisis ambiental causada por el proyecto moderno, pero a su vez se fundan en sus principios. A continuación, se presentará una síntesis, en la que se evidencia cómo algunas posturas ambientalistas siguen alimentando la episteme moderna.

Posturas ambientalistas

Muchos son los conceptos que poco a poco se han ido construyendo desde lo ambiental, unos adoptados desde otras ciencias y áreas del conocimiento, y otros a partir de la consolidación de escenarios propios de discusión; algunos incluso han afirmado que el origen del pensamiento ambiental es característico de la humanidad, pues es una respuesta de los sentimientos que se siente hacia la naturaleza (Ulloa, 2004). Aunque algunos se adhieren a esta idea, cabe anotar que otros teóricos sitúan el comienzo del discurso ambiental: crisis ambiental, historia ambiental, ecología, medio ambiente y ambiente, desde la década de los 60', en relación con las discusiones racionales sobre el cuidado de eso otro cosificado.

Para Ulloa (2004), la historia de la conciencia ambiental ha estado cruzada por dos olas; la primera, surge a finales del siglo XIX con el proceso de industrialización, y en consecuencia disminución de los recursos; esto mezclado con un interés romántico y conservador de las necesidades de los poderes coloniales, como resultado, estudios científicos centrados en las mediciones cuantitativas y en la regulación de las técnicas; sin embargo, al no estar las económicas en crisis por el ambiente se fueron invisibilizando en la palestra global. La segunda

ola ambiental, se consolidó en los años 60' cuando la crisis ambiental se convirtió en actor protagónico en los estudios de las ciencias naturales y sociales. Sin embargo, este interés suscitó un número considerable de posturas teóricas y metodológicas que a veces son contradictorias y antagónicas.

En la década de los 70', muchas fueron las conferencias y reuniones, y los ambientalistas que estaban liderando dichos encuentros. De hecho la carta a Belgrado, en 1975; la Conferencia de Tbilisi, en 1977; el Congreso en Moscú, en 1987; el Capítulo 36 de la Agenda 21, acordada en la conferencia de Rio en 1992, demandaban nuevas relaciones del hombre con la naturaleza. Esta corriente está mediada por la idea de la conservación, por eso sus luchas están en pro del cuidado de los recursos naturales; en esta medida “los movimientos ambientalistas han sido exitosos al cuestionar las concepciones y relaciones con la naturaleza, y a posicionar la conservación de la misma como tema básico en las política globales” (Ulloa, 2004, p. 97). Sin embargo, de este ambientalismo se desprenden movimientos que, aunque quieren ayudar a la naturaleza, tienen fundamentos diferentes.

En el informe “Los límites del crecimiento”, derivado del Club de Roma-grupo de políticos y de científicos de diferentes lugares del mundo que se reunieron, desde 1972, para pensar en las problemáticas ambientales-, se apeló a un desarrollo sostenible, cuya ideología centra la atención en las disfunciones medioambientales del crecimiento económico, a partir de la modernización tecnológica (Lorente, como se citó en Tratault, 2008); por su parte, en el informe de Brundtland, se sostiene que “El desarrollo sustentable es un desarrollo que satisface las necesidades del presente sin disminuir la habilidad de las generaciones futuras de satisfacer las suyas” (Tratault,

2008, p. 233).

No obstante, aunque esta corriente es la que el capital tiene por estima, pues el concepto de sustentabilidad conlleva a hablar de mejoramiento “equilibrio ambiental ligado estrechamente a la propia búsqueda de nuevos caminos en la generación y la distribución de la riqueza en marco de una noción, sustentable también de justicia social” (Yori, 2005), hay otras corrientes que se preocupan por las condiciones de la naturaleza, como recurso finito. El conservacionismo, es una corriente que vincula su preocupación al agotamiento de los recursos, abogando a conservar los espacios naturales. “Estos son partidarios del crecimiento cero o del estado estacionario” (Quintero, 2008); mientras que la ecología profunda pone énfasis en la preservación de la biosfera, una perspectiva biocéntrica se opone a la idea antropocéntrica; de esta manera, antepone la naturaleza al desarrollo, y basa su visión en una independencia del hombre con un valor específico.

Las corrientes que envuelven lo ecológico reflejan diferentes perspectivas y visiones, lo que ha permitido la coexistencia de diversas nociones y discursos; por tal motivo, como lo expresa Santamarina (2006), “no solo deben ser analizadas como categorías de pensamiento producidas históricamente, sino que también deben leerse como categorías esencialmente políticas” (p. 25). Y aunque muchas han hecho un esfuerzo por nutrirse de nuevas perspectivas, alejadas de la distinción naturaleza/cultura, se sigue objetivando y atrapando la naturaleza en la jaula de la racionalidad.

Desde la Antropología

Hacia 1955, Julian Steward se proponía presentar una antropología ecológica, la cual suponía una suerte de determinismo ambiental, es decir, algunas condiciones medioambientales posibilitan ciertos rasgos culturales. Igual que Steward, otros teóricos buscaron categorizar y comprender los efectos de la naturaleza, sin embargo, al estar anclados en la epistemología moderna, estas teorías siguieron trazando una “frontera consensual entre aquello que le atañe a la naturaleza y aquello que le atañe a la cultura” (Descola, 2012), dando como resultado una suerte de determinismos que maximizan el poder de uno sobre el otro.

Debates recientes en las ciencias sociales han apuntado a una insuficiencia del proyecto de modernidad, anclado en la instrumentalización, y en particular a la valoración y significación que ha tenido la naturaleza en la consolidación de una epistemología del sujeto, atrapado en su jaula de racionalidad. Por ello, se ha asistido a la emergencia de otro tipo de pensamiento, en torno a la oposición naturaleza-cultura, y con ello a la ruptura con la modernidad, lo cual ha ido desplazando la construcción antropocéntrica⁷, encontrando modelos teóricos que le han concedido valoraciones diferentes a este dualismo.

Por ejemplo, Descola (como se citó en Descola y Palsson, 2001) más que una sustitución de naturaleza-cultura, propone cuatro sistemas de pensamiento: el totémico, supone que tanto los humanos como no humanos comparten propiedades físicas y morales; el analógico, define que el

⁷ La visión antropocéntrica concibe la naturaleza como un contenedor de objetos que están en la medida que son reconocidos y valorados por las funciones que les dan los sujetos, en tantos seres que poseen la cualidad de ser agentes y nombrar el mundo.

mundo está dotado de infinitas singularidades, y para que pueda haber una relación, existen las correlaciones entre ellas; el animista, dota a los animales y a las plantas de un alma que le es igual que a los humanos, sin embargo, poseen cuerpos diferenciados; por el contrario, el naturalismo, solo dota a los humanos de una vida interior, los demás no humanos están privado de ellos pero tienen con los humanos una continuidad material (p. 101); se considera entonces que una visión dualista del universo no debería ser proyectada como un paradigma ontológico, como si esto respondiera a una condición humana. Por otro lado, Latour (2007) propone un relativismo que despoja lo social y lo científico, como formas únicas de entender el mundo, es decir, la sociedad no es quien manipula y construye la realidad, a partir de la inmanencia o la trascendencia de la naturaleza, ambas son trascendencias por eso hay híbridos, que son mezclas de naturalezas-culturas. Por otro lado, y de una forma radical, la teoría de la justicia ambiental (Gudynas, 2010), plantea el reconocimiento de los derechos de la naturaleza y los valores intrínsecos que posee, otorgándole a esta la capacidad de sujeto.

Podemos decir que algunas corrientes ambientalistas y antropológicas se han aventurado a preguntarse y a formular discursos que buscan superar la construcción binaria de hombre/naturaleza, que ha sido iluminada por los planteamientos epistemológicos de la modernidad.

Sin embargo, la ilusión que cobijaba dichas teorías ha sido disipada en las prácticas de la cotidianidad, que se ha presenciado en la ruralidad antioqueña; la modernidad fulminante definitivamente separó al hombre y su cultura, de la naturaleza. Se sigue estando inmersos en un

pensamiento occidental, antes que en una cosmología amerindia⁸; en este sentido, como lo cita Octavio Paz (1990), la sociedad es “un subproducto de la concepción de la historia entendida como un proceso sucesivo, lineal e irrepetible” (p 8); no obstante, también es, al mismo tiempo, sociedades de tradición donde el mito recuerda la constitución fundante, contribuye a definir una identidad colectiva y cuyo habitar la ruralidad ofrece ciertas condiciones particulares de ver el mundo; vivir en la ruralidad imprime un vitalismo esencial que rompe la enajenación de la modernidad y permite nuevas contingencias.

Es así como la ruralidad puede ser un escenario donde, a través de sus modelos y prácticas locales de la naturaleza, hay una continuidad culturalmente establecida. Este escenario de modelos naturales-culturales es la base de las luchas ambientales de hoy. Así, estas luchas necesitan ser entendidas como luchas por la defensa de la diferencia cultural, ecológica y económica (Leff, 1998; Escobar, 2010).

A continuación, se exponen cuál es la ruralidad que se está viviendo en Antioquia, y porque allí hay dinámicas para pensar en una producción y un diálogo entre otras formas de conocimiento, hacia la construcción de novedosas racionalidades ambientales.

⁸ Está basada en un multinaturalismo en tanto que “implica que la distinción naturaleza-cultura sea interna a la naturaleza. En este sentido la sociedad humana es uno de los fenómenos de la naturaleza entre otros” (Martínez, 2009, pág. 82)

Ruralidad

Aunque el objetivo de este artículo no es el definir que es ruralidad, es importante abordar algunos de los cambios que se han producido a nivel conceptual, y presentar cómo la sociología rural, disciplina que ha trabajado en las últimas cuatro décadas el pensar la ruralidad, ha fundamentado este concepto como espacio que históricamente se ha definido en oposición a lo urbano, la ciudad.

De una ruralidad teórica a una ruralidad práctica

Hablar de ruralidad, es remitirse a los orígenes del asentamiento feudal en Europa, quienes veían en los poblados alejado de sus Burgos como lugares donde los campesinos seguían ejerciendo actividades netamente agrarias, alejadas a las ofrecidas por estas nuevas ciudades, determinadas por una estructura socioeconómica diferente. La sociología rural, ha elaborado, a partir de esta dicotomía, que sí se analiza a la luz de los conceptos moderno/ciudad arcaico/rural, es apabullante ver cómo la dicotomía sigue siendo, en nodo articulador del pensamiento científico, todo un tratado conceptual que frecuentemente ha estado asociado a tres fenómenos interrelacionados “una baja densidad demográfica, el predominio de la agricultura en la estructura productiva de una localidad o región, y unos rasgos culturales (valores, creencias y conductas) diferentes a los que caracterizan a la población de las grandes ciudades” (LLambi y Pérez, 2007).

En los últimos años, a comienzos de la década de los 90’, en América Latina se vio necesario

pensar nuevamente sobre el concepto de ruralidad, extrapolado de la Europa feudal y trayendo a las nuevas problemáticas globales; como resultado hay nuevos fenómenos y procesos que se deben inquirir de otra manera, es así como la noción de “nueva ruralidad” rompe el estereotipo de rural-agrícola, y pone en cuestión el mundo rural (Grammont, 2004). Investigaciones como las de Jhon Durston sobre juventud rural (1998; 2000) evidencian el enfoque de nueva ruralidad que supera la visión productivista, con el fin de captar las múltiples dimensiones: hogar, sociabilidad, cultura, y se fundamenta en el del desarrollo humano; como lo expresa Farah y Pérez (2004) el medio rural se entiende, hoy en día, como una entidad socioeconómica y un espacio geográfico, compuesto por un territorio, una población y que versan a través de instituciones públicas y privadas.

Es difícil que en pleno siglo XXI las comunidades que habitan estos lugares llamados rurales cuestionen muchos aspectos de su vida: su estructura familiar es cuestionada por ser retrógrada y al mismo tiempo ir en contra de una nueva verdad moderna: la mujer puede ser un actor igualmente visible que el hombre; su economía ya no puede depender sólo de los cultivos y ganados que a pequeña escala pueden producir; hoy el reto del desarrollo rural les exige ser dueños y empresarios, aunque todas las dinámicas económicas que se desarrollan paralelamente lo impidan. Por último, son dueños del conocimiento y de la tradición, solo en la medida que la pongan a favor de generar alternativas de desarrollo rural que estén acordes a los discursos ecológicos, para sostener equilibrio entre la producción de recursos y el ambiente. ¿Realmente el habitante de la ruralidad ha absorbido todas estas responsabilidades? O sería mejor preguntarse, realmente ¿qué sabe?, ¿qué busca?, ¿qué propone? En el siguiente apartado, se abordará la ruralidad antioqueña y cómo el habitar en ella puede ayudar a cuestionar la noción moderna de

naturaleza como recurso, y al habitante de este lugar como ser que construye cada día su entorno y lo analiza.

La ruralidad en Antioquia

De acuerdo con las proyecciones del Departamento Administrativo Nacional de Estadísticas DANE, presentadas en el informe del Plan Frutícola Nacional “Desarrollo de la fruticultura en Antioquia” (2006), la población rural de Antioquia contaba con un estimado de 1.509.317 habitantes el 26% de la población total del departamento. Sin embargo, coincidiendo con las características de lo llamado rural, esta población habita en un territorio que proporcionalmente es superior al casco urbano y cuyo mayor provecho es invertido en la ganadería; “la distribución de la propiedad sigue un patrón de uso que no favorece a la agricultura” (p. 16), en la medida que la producción tecnificada se ha convertido en el destino económico.

Así las cosas, en Antioquia no existe una sola ruralidad, sino múltiples heterogeneidades rurales, es decir, algunas regiones pueden ser llamadas rurales por su alta concentración natural; otras son reconocidas por características espaciales, por fundarse en la montaña o al lado de un río que le permite cierta economía; sin embargo, también se encuentran en Antioquia regiones que cumplen con los parámetros modernizantes, vías de comunicación, industria, densidad poblacional, que siguen siendo referidas a la ruralidad por poseer ciertas características culturales. Esta heterogeneidad, le ha permitido entrar a una lenta pero paulatina modernización rural, entendida como la transformación “productiva, súbita o paulatina, pero ineludible y unívoca de las formas campesinas, ‘tradicionales’ o preindustriales en modalidades

agroindustriales o ‘modernas’” (Toledo, Alarcón-C, y Baron, 1998, p. 68).

La modernidad occidental modeló el universo en oposiciones. Cualquier elaboración del mundo social estaba pensada en valores y énfasis contradictorios (Dube, 2006), por ello, este artículo no está pensado desde una configuración moderna, que paulatinamente se posicionó como autoridad analítica y como encarnación de la historia. La ruralidad, en especial la antioqueña, devela que hay otras formas de ver el paradigma: tensiones, que permiten vislumbrar un esquema alternativo donde modernidad y tradición se articulan y abren camino para el análisis de las problemáticas ambientales.

La ruralidad escenario para una racionalidad ambiental

Habitar la ruralidad destaca maneras de apropiarse de la naturaleza, o en términos de Leff (2004), “la ruralidad como hábitat habitado es el lugar significado por experiencias subjetivas, de vivencias construidas con la materia de la vida” (p. 282). Espacio geográfico, simbolización cultural, organización ecológica, son tres elementos clave para entender esta apropiación, y que pueden verse reflejados en las experiencias cotidianas de cinco jóvenes de la ruralidad antioqueña. Modos significativos de apropiación que develan cómo los jóvenes articulan naturaleza-cultura de manera intuitiva.

En la ruralidad el joven encuentra diferentes maneras de construir, un construir que se caracteriza por la residencia del cuerpo y otro del espíritu. Heidegger (1951), en su texto Construir, habitar, pensar, postula lo siguiente: “cuando se habla del hombre y del espacio, oímos

esto como si el hombre estuviera en un lado y el espacio en otro. No hay los hombres y además espacio”. Los espacios están aguantados y atravesados por lo humanos y al habitarlos construimos el erigir y el cuidar, “los mortales habitan en la medida en que salvan la tierra...salvar la tierra es más que explotarla o incluso estragarla” (Heidegger, 1951).

Salvar, es cuidar, y no solo cuidar de ella sino ella cuidar. El cuidado es solo la confirmación de saber que se tiene la capacidad de morar en la tierra. La ruralidad como espacio habitado ofrece el soporte para que los jóvenes complejicen su existencia y encuentren en el espacio físico significaciones que configuran su identidad, apropiación simbólica.

Pero el construir para habitar no solo hace indica los referentes simbólicos, también es habitar la transformación del soporte físico, del espacio; es también el construir significados más profundos que se conectan, permitiendo una configuración de estilos diversos de vida.

El construir, además de ser significación cultural, también es aprovechamiento de la espacialidad geográfica y ecológica, elementos claves que se observan en la apropiación de la naturaleza. Esta apropiación representa la articulación de la naturaleza con el trabajo; en palabras de Toledo et al. (1998), “la apropiación conforma la dimensión propiamente ecológica de este proceso general de producción” (p. 64). Habitar es apropiarse y construir, y en ambas el sujeto social trasfiere al elemento natural, la cualidad social; el árbol se convierte en casa. La producción posibilita este continuum naturaleza-cultura; este concepto de teoría materialista que llevada a un nivel holístico es presentada por Wolf (como se citó en Toledo, 1998) “los cambios en las relaciones de la humanidad con la naturaleza, las relaciones sociales en la que los seres

humanos entran en el marco de la transformación de la naturaleza, y la siguiente transformación del capital simbólico humano”⁹ (p. 64).

Los habitantes de la ruralidad son y tratan de ser consecuentes con su hábitat y esto es lo que ha permitido que gran parte del territorio, en este caso el antioqueño, conserven una relación sana naturaleza-cultura, a través del traspaso de saberes generación en generación.

El ambiente, es el concepto que complejiza esta relación entre el hábitat y habitar como sistema que integra las condiciones físicas y las posibilidades culturales de los grupos que lo habitan. Esta propuesta alternativa surge de una nueva teoría que funda su epistemología en la racionalidad ambiental.

Una visión ambiental de las formas de ocupación del territorio, destaca los procesos organizadores del hábitat a través del organismo que lo habita, de la cultura que lo significa, de la praxis que lo transforma. El hábitat es habitado por las condiciones ecológicas de reproducción de una población, pero a su vez es transformado por sus prácticas culturales y productivas (Leff, 2002, p. 279).

La ruralidad como lo ambiental ofrece el soporte para que sus pobladores complejicen su existencia y desplieguen sus potencialidades, en la integralidad de los procesos naturales: biomasa, la productividad ecológica; la significación cultural: las prácticas sociales, el construir simbólico y arquitectónico y los significados de uso y el uso adecuado del paradigma moderno, a

⁹ En el texto de Toledo se presenta la cita en inglés, traducción realizada para este artículo.

partir de un desarrollo sustentable; este último exorcizándolo de la concepción capitalista; asimismo, y según Gómez (2008) debe ser entendido como modelo que tiene un “especial interés simbólico, en lo que supone apertura hacia nuevas lecturas de los compromisos y obligaciones de la humanidad consigo misma y con el medio ambiente garante de derechos cívicos y ecológicos” (p. 87).

En Colombia, y en general en toda América Latina, se necesita de estas miradas alternativas que, a partir de los saberes de las comunidades campesinas y grupos étnicos, se han venido planteando en el palustre academista, y se está ante la emergencia de actores que pongan en práctica y articulen en su vida cotidiana estas maneras sustentables de vida: habitar la ruralidad.

Reflexiones finales

Este tema, lejos de quedar agotado, nos invita a preguntarnos en la necesidad de profundizar en la comprensión del mundo, propuesta por Leff como un estar con y no fuera de él, como lo propone la racionalidad moderna, donde la naturaleza ha sido hibridada por la cultura y la tecnología.

La ruralidad se convierte en un territorio que ofrece posibilidades de estar con, y la historia de muchas comunidades campesinas al habitar sus tierras han construido condiciones culturales y ecológicas, como lo plantea Arturo Escobar (2010) “nosotros podemos decir que el ambiente puede verse como un sistema productivo basado en la estabilidad y productividad del ecosistema y los estilos culturales de los grupos que lo habitan” (p. 171).

Este texto es la invitación a retarse y ser capaz de abrir la jaula de la racionalidad para encontrar saberes que dialogan con el desarrollo moderno, donde pueden emerger formas de encuentro entre la cultura y la naturaleza, para construir un mundo donde exista compromiso para advenir nuevas maneras de ser.

Referencias

- Abadía, O. M. (2003). De la épisteme al dispositivo. *Revista Filosofía Universidad de Costa Rica*. 41(104), pp. 2003
- Descola, P. y Palsson, G., (2001). *Editorial Naturaleza y sociedad: perspectivas antropológicas*. México: siglo XXI.
- Descola, P. (2012). *Más allá de la naturaleza*. España: Amarroutu.
- Dube, S. (2006). Sujetos de la modernidad. *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, 20(37), 358-367.
- Elizalde A. y Thayer L. (2013). Ruralidad y campesinado: ¿categorías en extinción o realidades en proceso de transformación. *Polis Revista Latinoamericana*, (34), recuperado de <http://polis.revues.org/8717>

Escobar, A. (2003). Mundos y conocimientos de otro modo. *Tabula Rasa*, (1), 51-86

Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: Lugar, movimientos, vida, redes*. Carolina del Norte, Estados Unidos: Universidad de Carolina del Norte y Envi3n Editores.

Farah, M. A. y P3rez, E. (2004). Mujeres rurales y nueva ruralidad en Colombia. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, (51), 138-160.

G3mez, J. A. (2008). El complejo territorio de las relaciones educaci3n-ambiente-desarrollo. En 3. J. Gaudiano (ed.), *Educaci3n, medio ambiente y sustentabilidad* (pp. 73-91). M3xico: Siglo XXI.

Grammont, H. D. (2004). El concepto de nueva ruralidad. En: E. P3rez y M. Farah y H. D. Grammont (Eds.) *La Nueva Ruralidad en Am3rica Latina: avances te3ricos y evidencias emp3ricas* (pp. 23-45). Bogot3, Colombia: Pontificia Universidad Javeriana y CLACSO.

Gudynas, E. (2010). Los derechos de la naturaleza en serio: respuestas y aportes desde la ecolog3a pol3tica. En A. Acosta y E. Mart3nez (Eds.), *La naturaleza con derechos: de la filosof3a a la pol3tica*. Quito, Ecuador: Abya-Yala.

Heidegger, M. (1951). *Construir, habitar, pensar*. Recuperado de <http://www.geoacademia.cl/docente/mats/construir-habitar-pensar.pdf>

Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos*. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI.

Leff, E. (1998). *Saber ambiental, sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. México: Siglo XXI.

Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental. La apropiación social de la naturaleza*. México: Siglo XXI Editores.

Leff, E. (2010). El desvanecimiento del sujeto y la reinención de las identidades colectivas en la era de la complejidad ambiental. *Polis Revista Latinoamericana*, (27), 1-32.

LLambi, L. y Pérez, E. (2007). Nuevas ruralidades y viejos campesinismos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana. *Cuadernos de desarrollo rural*, 4(59), 37-61.

Marín, A. y Morales, J. (2010). Modernidad y modernización en américa latina: una aventura inacabada. *Nómadas*, (26), 1-20.

Paz, O. (1990) La búsqueda del presente. *Inti: Revista de literatura hispánica*, (32) Recuperado de <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss32/2>

Ministerio de Agricultura y Desarrollo Social, Gobernación de Antioquia, Fondo Nacional de Fomento Hortifrutícola, Asociación Hortifrutícola de Colombia y Sociedad de Agricultores y Ganaderos del Valle del Cauca. (2006). *Plan Frutícola Nacional*.

Desarrollo de la Fruticultura en Antioquia. Cali, Colombia: Talleres Gráficos de Impresora Feriva.

Quintero, M. L. (2008). Revisión de las corrientes teóricas sobre el medio ambiente y los recursos naturales. *Revista Digital Universitaria*, 9(3), 1-15.

Santamarina, B. (2006). *Entre excesos, hiatos y sentidos*. Madrid., España: Catarata.

Toledo, V. Alarcón-C. P. y Baron, L. (1998). Estudiar lo rural desde una perspectiva interdisciplinaria: una aproximación al caso de México. *Estudios Agrarios*, 55-90.

Tratault, D. V. (2008). Escuelas del pensamiento ecológico en las ciencias sociales. *Estudios sociales*, 16(32), 229-263.

Ulloa, A. (2004). *La construcción del nativo ecológico. Complejidades, paradojas y dilemas de la relación entre los movimientos indígenas y el ambientalismo en Colombia*. Bogotá, Colombia: ICANH-Colciencias.

Yori, C. (2005). *Ciudad y Sustentabilidad: II componentes y contenido de un proyecto sustentable de ciudad a partir del concepto de topofilia. Una aproximación al contexto urbano de América Latina*. Bogotá, Colombia: Universidad Piloto de Colombia.

¿Qué sabe el saber ambiental?: territorio rural y educación ambiental¹⁰

Elkin López Correa¹¹

Resumen

El presente artículo hace aportes a la discusión acerca de la educación ambiental en las zonas rurales del Departamento de Antioquia, los cuales se construyen a partir de los hallazgos realizados en la investigación “El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia”. Inicialmente, se realizará un acercamiento al concepto de saber ambiental, desde Enrique Leff, y cómo este se da en el territorio; y por último, ofrecer una mirada a la educación ambiental como elemento estratégico en la construcción de un sujeto ecológico que rompe la racionalidad, que la modernidad impone a la sociedad en general, y por ende a los habitantes de la ruralidad.

Palabras clave: Educación ambiental, saber ambiental, territorio, ruralidad.

Introducción

En la región del Macizo Colombiano, en los departamentos de Nariño, Huila, Cauca y Putumayo, la cordillera de los Andes se divide en tres ramales y es ahí donde se comienza a configurar lo que para el país se conoce como la región andina: uno de esos tres ramales discurre

¹⁰Artículo resultado de la Investigación “El saber ambiental: acontecimiento vital en las narraciones de jóvenes rurales de Antioquia” realizada por: López, E., y Londoño S. 2013

¹¹Aspirante a Magister en Educación y Desarrollo Humano en CINDE - Universidad de Manizales.

por el centro y es delimitado por los ríos Cauca y Magdalena, y recibe precisamente el nombre de cordillera central, este ramal recorre los departamentos del Valle del Cauca, Tolima, Quindío, Caldas, Risaralda y llega a morir a Antioquia, donde sus estribaciones dan paso a las sabanas de inundación, formadas por la unión de los ríos Cauca y Nechí, que posteriormente se unen al gran río de la Magdalena.

Por su parte, el Departamento de Antioquia se divide en 9 subregiones, y una de ellas es el Nordeste; esta zona es considerada como uno de los lugares más diversos, no solo del país, sino del planeta. Su posición es estratégica y la hace poseedora de una enorme diversidad natural y cultural. Colonizar estas montañas no fue nada fácil, los colonos en búsqueda de oro llegaron a estas tierras, y se encontraron con un paisaje de valle colinado con una gran y espesa cobertura vegetal.

Antes de los colonos estas tierras fueron habitadas por las comunidades originarias que aprendieron a convivir en armonía con la naturaleza; no fue hasta mediados del siglo XVII e inicios del siglo XVIII que se inició la adjudicación de baldíos, lo que significó la destrucción de ecosistemas y el desplazamiento hacia tierras más lejanas de las comunidades indígenas que habitaban la zona, instalándose así una economía de subsistencia a partir de la minería artesanal y la agricultura. Este modo de vida subsiste hasta la década de los 60 del siglo XX, cuando llega al país la denominada “revolución verde”, enmarcada dentro del desarrollo que la modernidad y la modernización traería para las sociedades.

Este marco “moderno” fragmenta las dinámicas territoriales, así como lo hace con el

conocimiento, fragmentando las relaciones de la sociedad entre sí y de esta con la naturaleza, a la cual hace ver como algo cosificable, dominable y rentable, solo desde el punto de vista económico; de esta manera, se rompe la diversidad para uniformar los matices y características propias de cada ecosistema natural y cultural. La ruptura de este tejido, que durante siglos se construyó estrechamente y que forma una red de interrelaciones, produce rupturas en las dinámicas del territorio.

(...) el hacer de la agricultura tradicional –el cual aún subsiste en más de la mitad de la tierra cultivada en el mundo–, ha determinado diversas maneras de ser de sus agricultores, quienes se han creado a sí mismos por obra de la actividad agrícola. La agricultura no es por tanto, un tema que deba reducirse a la productividad, sino un asunto profundamente ontológico, que ha conformado por milenios las formas del ser, el habitar y el permanecer de la humanidad entera, y que en mucho menos de una centuria ha sido irrupida por un modelo fabril homogeneizante, cuyo racional percibe a la tierra como un depósito de recursos muertos que podrán ser extraídos para siempre. (Giraldo, 2013, p. 5).

La mirada cosificada e instrumentalista de lo rural, que en la década de los 60 y 70 del siglo XX lo hacía ver como la salvaguarda de la despensa, ahora lo ve como un lugar para proteger la naturaleza, como fuente que suministra bienes y servicios ambientales. Lo rural hoy debe romper estas imposiciones de la modernidad y dar apertura a estrategias y alternativas de apropiación de la naturaleza y de la cultura, en la construcción del mundo sustentable para la vida.

Las miradas desde lo teórico, académico, político y económico de los temas ambientales para

la ruralidad se convierten en adaptaciones de la institucionalidad pública y privada, y no representan el pensamiento y los saberes de los habitantes del campo, desconociendo de tajo el acumulado cultural y las formas de vida que las comunidades han albergado durante siglos de ocupación del territorio.

Así las cosas, la institucionalidad, desde su accionar en la ruralidad, poco incluye las comprensiones y los acumulados de saberes sobre lo ambiental, contruidos a partir de sus relaciones estrechas con el territorio, con la naturaleza y con la sociedad misma, a través de la cultura.

Ambiente y ruralidad

Definir el ambiente como el entramado de relaciones de interdependencia del individuo con su entorno, a partir del conocimiento reflexivo y crítico de su realidad biofísica, social, política, económica y cultural (Ministerio de Educación, 2002), se convierte en un punto de partida para comprender la complejidad de los temas ambientales y su importancia para el desarrollo del país, y en un concepto que viene trascendiendo la mirada naturalista y antropocentrista, hacia la ética del ser, hacia la comprensión de la vida misma y todo lo necesario para soportar todas las formas de vida. Desde esa perspectiva, “el ambiente transforma las ciencias y genera un proceso de ambientalización interdisciplinario del saber” (Leff, 1998, p. 125). Ese tejido de conocimientos, conceptos, saberes, comprensiones e interacciones son, en sí mismo, el saber ambiental.

Entonces, el saber ambiental desborda a las "ciencias ambientales", constituidas como un

conjunto de especializaciones surgidas de la incorporación de los enfoques ecológicos a las disciplinas tradicionales, y se extiende más allá del campo de articulación de las ciencias, para abrirse al terreno de los valores éticos, los conocimientos prácticos y los saberes tradicionales (Leff, 1998, p. 124).

Para Leff (2001) el saber ambiental no emerge de la profundidad de las ciencias para volver a sumergirse y a disolverse en la racionalidad teórica y los paradigmas prevalecientes de conocimiento; Leff (2001) subraya la importancia de construir saberes desde lo local, más allá de una episteme teórica y distinta a la racionalidad y el positivismo dominante de la ciencia de occidente.

En este sentido, los actores sociales de la ruralidad construyen (o mantienen) una racionalidad basada en las potencialidades ecológicas y los significados culturales, que durante siglos han estado presentes en su territorio. Lo rural es entonces un escenario territorial rico en prácticas y formas culturales de desenvolvimiento del sujeto.

Esta búsqueda de fundamentación del saber, plantea a su vez la posibilidad de construir nuevos proyectos civilizatorios, a partir de los valores y saberes de las comunidades rurales, y de su "mestizaje" con las ciencias y tecnologías modernas, en un proceso de innovación de prácticas de aprovechamiento sustentable de los recursos naturales. Esta hibridación del conocimiento moderno con el saber tradicional debe respetar las identidades étnicas y los sentidos culturales que imprimen los saberes indígenas sobre la naturaleza, en un proceso de reappropriación de su patrimonio natural y cultural (Leff, 1998, p. 224).

Los habitantes de las zonas rurales, y en especial los jóvenes, buscan y construyen nuevas racionalidades ambientales que se convierten, poco a poco, en una salida alternativa a la crisis ambiental. En ellos, los saberes tradicionales, cotidianos y experienciales emergen en su cotidianidad, y se tejen en una trama imbricada con la cultura y con la naturaleza misma. En este sentido, ambiente y saber ambiental no son la ecología resumida en los ecosistemas y los bienes y servicios que estos proveen a los seres humanos; el ambiente es la interacción continua entre la naturaleza y la cultura; toda una construcción que va y viene entre lo material y lo simbólico; esa cultura que es además la forma como el hombre se ha ido apropiando del mundo desde lo que este es y desde lo que se ha construido en su relación con él.

El lugar de la educación ambiental en la ruralidad

El escenario por excelencia para el desarrollo de cualquier proceso educativo ambiental es el territorio. “Los seres humanos existimos –somos- en un territorio determinado, y de una u otra manera cada persona representa una pequeña muestra de ese territorio del cual forma parte” (Wilches – Chaux, 2006, p. 15).

La forma como hablamos –lo que decimos y el acento con que lo decimos-, lo que nos gusta comer, la música que nos mueve el cuerpo y nos sacude el alma, el clima que nos hace sentir confortables, los olores que nos alborotan los recuerdos, los paisajes en que nos reconocemos, todo eso y muchas cosas más, están íntimamente ligadas al territorio que somos. (Wilches – Chaux, 2006, p.15)

Arturo Escobar (como se citó en Leff, 2004), va más allá y amplía el concepto: “el territorio es visto como un espacio multidimensional fundamental para la creación y recreación de las prácticas ecológicas, económicas y culturales de las comunidades” (p. 274).

Para las zonas rurales el mayor reto de las políticas neoliberales es que puedan estar en sintonía con las pretensiones de la globalización y sus dinámicas, es decir, al desarrollo sostenible. El mundo rural, como lo presenta Pérez (2002), está en crisis, “pues aun no comprende su papel actual y sus nuevas funciones, y así no sólo pierde su identidad sino también su población, sus modelos de organización y muchas de sus actividades” (p. 21).

Es así como la práctica educativa ambiental ha sido ajena a las zonas rurales; la educación ambiental se ha relacionado de forma más directa con las prácticas educativas que se dan en los centros poblados y con mayor intensidad en las ciudades, asumiendo que se cree que en estas últimas es donde se dan los mayores problemas ambientales, y es en las zonas rurales donde se hace necesario configurar una educación ambiental que ayude a salvaguardar el saber ambiental.

La educación ambiental, para la ruralidad, debe romper la mirada que, desde la institucionalidad pública y privada, y desde los medios de comunicación, le han dado a la crisis ambiental, que ha estado cargada de retórica, alternativas de solución reduccionistas y miradas apocalípticas; siendo estas últimas, incluso, apoyadas y reproducidas por muchos de los denominados colectivos ambientales.

(...) la In-Cultura de la “revolución verde” no solo representa un atentado contra la supervivencia de todas las formas de existencia, sino que a través de ese hacer, crónicamente se va gestando una transformación ontológica análoga a lo que se hace con la naturaleza de la que se es emergencia. (Giraldo, 2013, Párr. 61).

La educación ambiental deberá cuestionarse así misma por su lugar en la ruralidad, debe romper un currículum clásico y neutral ante los conflictos vitales y cruciales como el de la situación de crisis del mundo actual; debe ir más allá para lograr la necesaria ruptura con la racionalidad moderna que se instauró en el sujeto cartesiano para objetivizar y cosificar el mundo, un mundo que es ajeno a su propio ser.

La otredad que viene del ambiente no sólo se manifiesta en su presencia antagónica, como una reacción hacia la racionalidad dominante y un proceso ineluctable de descomposición; aparece sobre todo como principio ontológico del ser (Heidegger) y un valor ético (Levinas) que abren alternativas a la globalización homogeneizante (Leff, 2004, p. 129).

Se hace necesario abrir la discusión hacia el papel de la educación ambiental en las comprensiones y rupturas que han generado las tensiones que deja la modernidad, en su razón lógica de pensar que los problemas ambientales son simplemente puntuales, que se pueden solucionar a través de medidas instrumentales.

Los habitantes de la ruralidad deben encontrar en la educación ambiental una ruptura de la racionalidad moderna que,

(...) confronte a las estrategias de poder de la globalización económico-ecológica. En este proceso, la identidad, convertida en derecho cultural, se inscribe en una estrategia para la construcción de una nueva racionalidad social arraigada en las condiciones de la naturaleza (lo real) y los sentidos de la cultura (lo simbólico). (Leff, 2010).

Territorio, saber ambiental y educación ambiental

Pensar en la ruralidad incluye a los jóvenes; la juventud se convierte en un grupo poblacional estratégico, portador de conocimientos y sobre los cuales recae la responsabilidad de la permanencia de la cultura campesina. La interpretación de ese saber ambiental hace necesarias la interdisciplina, el diálogo de saberes y la transdisciplina (Ángel et al., como se citó en Noguera, 2004).

Como se había mencionado, el territorio es lugar, espacio y tiempo porque allí arraiga una identidad en la que se enlazan lo real, lo imaginario y lo simbólico. El ser cultural elabora su identidad, construyendo un territorio, haciéndolo su morada. Las geografías se hacen verbo, las culturas, al significar la naturaleza con la palabra, la concierten en acto; al ir la nombrando, van construyendo territorialidades, a través de prácticas culturales de apropiación y manejo de la naturaleza (Leff, 2004, p. 125).

La educación ambiental deberá entonces hacer emerger un sujeto ecológico que rompa la racionalidad de la modernidad y se transforme hacia un ser racional ambiental; en otras palabras,

un sujeto ecológico que no solo porta, también construye y reconstruye su saber ambiental al ser parte de su comunidad.

Tal vez una de las rupturas mayores que vamos a tener que realizar va a ser la del antropocentrismo, eje de la cultura occidental, lo cual ha construido no solo esa relación utilitarista con la naturaleza, sino formas particulares de conocimiento, de actuación y de institucionalidad. (Mejía, 2013, p. 95).

Una educación ambiental para las zonas rurales permitirá que emerja una responsabilidad reflexiva que, en el marco de la alteridad, rompa la mirada utilitarista y cosificada de la naturaleza, la cual, a la luz de la racionalidad moderna, está al servicio del antropocentrismo, que ha configurado una relación compleja de adaptación y adecuación de la naturaleza, al servicio del ser humano, lo que de alguna manera u otra se ha anclado en el colectivo.

De esta manera, se debe buscar que los habitantes de la ruralidad construyan una nueva racionalidad social y productiva, que se convierta poco a poco en una salida alternativa a la crisis de la civilización. En las comunidades rurales, es evidente un gran interés por lo que pasa con ellos mismos, con el otro y con lo otro, así como la consecuencia de las acciones con el entorno. Se constituye una ética como un propósito de convivencia, en el respeto mutuo y la libertad de poder encontrarse en la diferencia para llegar a acuerdos juntos, un pertenecer y permanecer en la cultura, de la memoria colectiva, del saber que se defiende, que transmite, pero también crea y recrea en torno a bienestar colectivo.

La educación ambiental no formará al sujeto ideal, o que esto lo ubique en el pensamiento social como un sujeto ideal, sino que lo hará consciente de que su trasegar por el mundo hace parte de la multicausalidad y de las relaciones de interdependencia de los procesos naturales y culturales que determinan, condicionan y afectan los cambios socioambientales, así como el construir una racionalidad productiva fundada en los principios del desarrollo sustentable (Leff, 2004).

La educación ambiental en el ámbito rural

Es necesario dar la mirada a la educación ambiental, con especial énfasis en aquella que debe construirse en conjunto con las comunidades rurales, enmarcada en la ruptura de las racionalidades modernas y que emerja del saber ambiental mismo hacia la construcción de un sujeto ecológico. Es importante anotar que docentes, funcionarios públicos y empresa privada apenas empiezan a tener comprensiones de lo que implica la educación ambiental, y que para dar marco a esta se tiene una Política nacional de educación ambiental, la cual plantea para Colombia dos escenarios: los proyectos ambientales escolares PRAE y los proyectos ciudadanos de educación ambiental PROCEDA.

Estos esfuerzos no han sido suficientes para comprender las problemáticas ambientales como la crisis de las formas en que nos hemos relacionado con el mundo y del conocimiento con el cual lo hemos transformado, del proceso de racionalización que ha desvinculado a la razón del sentimiento, al conocimiento de la ética, a la sociedad de la naturaleza. Es una crisis de la razón que se refleja en la degradación ambiental y en la pérdida de sentidos existenciales de los seres

humanos que habitan la tierra (Leff, 2012, p. 162)

Tomando entonces esta relación entre el territorio, la sociedad, la cultura y las formas de relacionarnos con nosotros mismos, con los otros y lo otro, la educación ambiental para las zonas rurales deberá ser plural, participativa, proyectiva, exploratoria e incidente.

A manera de conclusión

La educación ambiental buscará la formación de sujetos poseedores de una ética ambiental, que reconozcan sus propios y ajenos saberes ambientales, que sean conscientes de la necesidad de una ruptura en la racionalidad impuesta por la modernidad, además de reconocerse como sujetos del saber, como parte de la naturaleza. Esto no es más que una utopía, pero la utopía no es una fantasía, sino la movilización de lo real hacia lo posible, a través del pensamiento, de la palabra y de la acción social (Leff, 2012, p. 214).

Deberá entonces esa educación ambiental proponer caminos concretos para una transformación cultural que construya reflexiones sobre la crisis misma de la sociedad moderna; se podría decir entonces que para la ruralidad los procesos educativos ambientales deben buscar que los sujetos tomen distancia de la racionalidad moderna, sin querer decir que se regrese a la vida de la caverna, pues elementos como las nuevas tecnologías de la información y la comunicación y muchos instrumentos tecnológicos facilitan la vida en el campo.

Desde la educación ambiental se abrirán entonces cada día mayores espacios para la

educación ambiental misma, nuevos escenarios, inclusión de nuevas y mejores metodologías; una muestra de ello es la combinación de las artes plásticas y escénicas, métodos que buscan formar desde el espíritu y dejar de lado una visión meramente instrumentalista de los procesos educativos ambientales.

Más allá del propósito de dismantelar el modelo económico dominante, se trata de destejer la racionalidad económica, entretejiendo nuevas matrices de racionalidad y abonando el suelo de la racionalidad ambiental. Esto lleva a una estrategia de desconstrucción y reconstrucción; no para hacer estallar el sistema, sino a re-organizar la producción, a desengancharse de los engranajes de los mecanismos del mercado, a restaurar la materia desgranada para reciclarla y reordenarla en nuevos ciclos ecológicos (Leff, 2008, p. 76).

Así entonces, la educación ambiental jugará un papel importante en el camino que lleve a las comunidades rurales hacia un futuro sustentable; no se trata de construir nuevos campos complejos del saber para crear una nueva disciplina que se llame educación ambiental, se trata de buscar la emergencia de los saberes que durante milenios han acompañado el trasegar por el mundo, desde los saberes populares, hasta los saberes científicos, buscando una cercanía necesaria que se entreteja con la vida misma.

Por último, la educación ambiental tiene que ser una forma de acariciar la vida, de acercarse a ella desde la existencia misma, la vida misma como la garante de la existencia humana, todo esto convierte a la educación ambiental en una utopía, en una esperanza, en una defensa de la vida misma en todas sus formas posibles y en toda la trama necesaria para que esa vida sea posible.

Referencias

- Eschenhagen, M. L. (2007). ¿Será necesario ambientalizar la educación ambiental? En A. P-Noguera (Ed.), *Hojas de sol en la victoria regia: emergencias de un pensamiento ambiental alternativo en América Latina* (pp. 113-148). Manizales, Colombia: IDEA.
- Giraldo, O. (2013). Hacia una ontología de la Agri-Cultura en perspectiva del pensamiento ambiental. *Polis Revista Latinoamericana*, (34), Recuperado de <https://polis.revues.org/8773>
- Leff, E. (1998). *Saber ambiental, sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder*. México: Siglo XXI.
- Leff, E. (2001). Espacio, lugar y tiempo. La reapropiación social de la naturaleza y la construcción local de la racionalidad ambiental. *Nueva Sociedad* (175), 28 - 42.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental. La apropiación social de la naturaleza*. México: Siglo XXI Editores.
- Leff, E. (2010). El desvanecimiento del sujeto y la reinención de las identidades colectivas en la era de la complejidad ambiental. *Polis Revista Latinoamericana*, (27), Recuperado de <https://polis.revues.org/862>

Leff, E. (2012). *Discursos sustentables*. México: Siglo XXI.

Mejía, M. R., (2013). La educación popular: una construcción colectiva desde el sur y desde abajo. En Y. Giraldo y J. Melenge (Eds.), *Territorios y cartografías educativas: construyendo sentidos de las educaciones del siglo XXI*. (pp. 69-124). Medellín, Colombia: Centro Internacional de Educación y Desarrollo Humano, Instituto Tecnológico Metropolitano, Colegio Divino Salvador, Red de Educación y Desarrollo Humano.

Noguera, A. P. (2004). *El reencantamiento del mundo. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente – PNUMA*. Manizales, Colombia: IDEA.

Pérez, E. (2002). Hacia una nueva visión de lo rural. En N. Giarracca (Ed.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (pp. 17-29). Buenos Aires, Argentina: Clacso.

Wilches-Chaux, G. (2006). *Brújula, Bastón y Lámpara, Para trasegar los caminos de la Educación Ambiental*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Vivienda Ambiente y Desarrollo Territorial.